



**SECRETOS**

**CHRISTIAN  
MARTINS**

**SECRETOS**

CHRISTIAN MARTINS

**JULIO 2017**

**RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.**

**COPYRIGHT © 2017 CHRISTIAN MARTINS**

## **AGRADECIMIENTOS**

¡Familia Martins!

Como siempre mis historias son para todas vosotras.

Gracias a las veteranas, a las recientes y a las que seguís llegando poco a poco.

Sois más de dos mil personas las que os habéis unido a este camino y no puedo sentirme más agradecido. Siete novelas después, seguís ahí día a día para apoyarme y arroparme en esta aventura en la que me he lanzado.

Espero que “Secretos” os guste mucho (y complacer a todas aquellas que echabais de menos el erotismo entre mis letras).

Un beso grande para todas “las chicas Martins”.

**Difícil prueba es guardar un secreto peligroso...**

# 1

Julia notó una pequeña capa de sudor formándose sobre su espalda. Sopesó si levantarse para ir a la piscina o quedarse dónde estaba; daba igual. ¿Qué más daba? Estaba sola en mitad de paraíso, del Caribe, ¿quién la iba a ver?

Desde hacía varios días, su desastrosa vida se había potenciado sin remedio. Había roto la larga y costosa relación con su prometido, había perdido su trabajo y sus amistades más cercanas le habían dado la espalda. No quedaba nada, ni nadie, por lo que sonreír. Pero allí estaba, en mitad de la nada, en un hotel que contaba con una perfecta playa privada paradisíaca disfrutando de la que podía haber sido la luna de miel de los sueños de cualquier mujer, pero que se había tornado un viaje para ahogar penas.

Suspiró hondo antes de levantarse de la tumbona y de caminar hasta la piscina. El agua helada en contraste con su piel provocó que un escalofrío recorriese su columna vertebral. Mientras se introducía en la piscina, divisó a la otra mujer solitaria al otro lado de las hamacas. Por alguna razón, las únicas individuales sin pareja, ni marido, ni niños, ni novio, ni amigas, de todo el hotel eran ellas dos.

Nadó un par de metros sin quitarle los ojos de encima, mientras se preguntaba a sí misma qué podría haber provocado que aquella chica realizase un tipo de viaje como ése en solitario. Ambas habían tomado posesión de aquella zona

del resort y el resto de los tortolitos parecían haberlas dejado de lado. Estaban solas. Cuando sacó la cabeza del agua, se fijó en el cabello rubio claro que caía sobre sus hombros y se preguntó si sería española, como ella, o extranjera. ¿Tal vez inglesa? Aunque el aspecto físico de su hermana pequeña, Marina, había logrado que no sacara conclusiones precipitadas de nadie antes de tiempo. Sus ojos claros, sus pecas, su piel blanquecina, provocaban que todo el mundo la considerase una “guiri” perdida en Madrid.

Tras refrescarse, regresó a la tumbona y se dejó caer boca arriba. Se preguntó, inconscientemente, qué estaría haciendo el capullo de su ex en aquellos instantes mientras ella disfrutaba del viaje que ambos habían pagado en la mejor de las suites y en el hotel más caro y lujoso de México.

“Estará con la otra”, pensó, ahogando un gruñido. Así había bautizado a su amante: la otra. Aunque desde hacía bastantes meses que Julia sospechaba de su infidelidad, algo en su interior la había obligado a hacer de oídos sordos y de tripas corazón.

Ojos que no ven... Sí, era estúpida. Muy estúpida. Pero es que Alejandro había sido su vida entera, su principio y su fin. Trabajaban juntos — se habían conocido siete años atrás en el trabajo — , vivían juntos desde hacía más de cinco años, todas las amistades que poseían eran en común y... ¿qué iba a hacer si le dejaba? Se lo había planteado seriamente, pero si ella admitía conocer la infidelidad de su prometido, entonces, ¿qué hubiese ocurrido?

Julia lo había pensado detenidamente; seguramente, Alejandro le hubiese suplicado perdón a los cuatro vientos, le hubiese jurado que jamás volvería a cometer un error similar y, al cabo del tiempo, ella terminaría perdonando, olvidando todo y él continuaría llevando una doble vida más disimulada. La segunda opción era que la dejase, que confesase que sí, que tenía una amante y... ya puestos, que la prefería antes que a ella. Ambas posibilidades le parecían demasiado duras de soportar hasta que, dos días antes de la boda, Julia encontró un condón usado debajo de la cama.

¡Un condón usado y pringoso!

Aquello había sido el detonante para que su furia contenida se liberase sin piedad. Cuando le pidió explicaciones, además, el imbécil de él se delató todavía más.



— Se nos caería el otro día cariño... — respondió, con el labio inferior tembloroso.

Hacía dos años que Julia tomaba la píldora y que, además, no utilizaban ningún otro tipo de protección.

Se sentó en la tumbona, aún con el desengaño que se había llevado con Alejandro sacudiendo sus pensamientos, y examinó de nuevo a la chica que tenía en frente. Otra mujer solitaria, como ella, pensó que seguramente había sido decepcionada por otro idiota sin escrúpulos.

Varios minutos después, agotada por el calor y la humedad del ambiente, decidió regresar a la habitación para darse una ducha y despejar la cabeza.

Últimamente no era capaz de quedarse sola en una habitación sin echarse a llorar desconsoladamente. Era consciente de que lamentarse no solucionaría sus problemas, pero no podía evitarlo. Tarde o temprano saldría de aquel paraíso, regresaría a la cruda realidad y tendría que enfrentarse a todos los problemas que había acumulado en Madrid; encontrar un trabajo nuevo, amistades nuevas, enfrentarse a las críticas de su decepcionada familia... Debía ir concienciándose, aunque resultase duro de digerir.

Después de una ducha refrescante, puso la alarma del teléfono a la misma hora que abría el buffet del resort y dejó caer los párpados con pereza.

## 2

Había adelgazado cinco kilos para el día de su boda y le había costado mantenerse firme en el gimnasio para no recuperarlos. Ahora, vestida con la ropa de playa del año pasado, se miraba en el espejo y se veía estupenda.

Pensó, mientras descendía las escaleras con los shorts y la camiseta de tirantes, queera una pena que todos los hombres — excepto los camareros — del hotel estuvieran emparejados. Con el estado de ánimo tan bajo y el amor propio a rastras tras ella, le habría gustado recibir algún que otro piropo de un desconocido.

Sentada en su mesa, comenzó a degustar su rebanada de pan tostado, bacón, huevos y zumo de naranja. Después de tanto esfuerzo, había decidido que si recuperaba esos cinco kilos tampoco pasaba nada. De todas maneras, no tenía pensado buscar pareja en los próximos... ¿veinte años?

Se preguntó mentalmente qué podría hacer un hombre para volver a ganarse su confianza y se respondió que, seguramente, nada. Por nada del mundo volvería a confiar en ningún otro.

— ¿Perdona?

Sacudió su cabeza, regresando de sus pensamientos.

La chica rubia que también estaba sola se había colocado frente a ella y sonreía de manera conciliadora.

Julia le devolvió la sonrisa, sin poder imaginar qué sería lo que querría.

— ¿Esto es tuyo? — preguntó en un perfecto español, mostrándole una pulsera de plata — . Me lo encontré ayer en la piscina, y como sólo estábamos nosotras he pensado...

Instintivamente, Julia se llevo la mano a la muñeca. Sí, era su pulsera, aquella que de niña le había regalado su madre.

— Sí, es mía.

La chica alargó la mano y dejó la pulsera sobre la mesa.

Julia la cogió de la misma y la inspeccionó. Tenía el cierre roto, razón por la que debía haberla perdido.

— Muchas gracias — dijo con rapidez — , es un recuerdo importante de mi infancia.

— De nada — sonrió, antes de girarse hacia el buffet.

Julia se lo pensó dos segundos antes de volver a llamar su atención.

— ¡Ey! — exclamó, mientras la chica ya se alejaba — ¿Te gustaría sentarte aquí?

Total, estaban las dos solas, ¿no?

— Sí, claro...

Después de desayunar, bajaron a la piscina tal y como habían hecho el resto de los días.

Miranda — que así se llamaba la joven — no había tardado en relatarle su historia y en conectar de la misma con Julia. Hacía tres años que había conocido a un chico por la red y se había enamorado perdidamente de él; después de mantener una relación a distancia, por fin iban a encontrarse para

realizar aquel viaje maravilloso. No era una luna de miel, pero sí algo que se había organizado con mucho esfuerzo e ilusión.

— Me quedé como una idiota esperando en el aeropuerto hasta el último minuto, justo antes de decidirme a embarcar... De repente, tenía el teléfono apagado, no respondía a los correos, había cerrado las redes sociales... ¡Y yo me había gastado un dineral en organizar todo esto y no sabía dónde meterme!

— ¡Ufff! — suspiró Julia, mientras le daba otro sorbo a la piña colada.

Aunque sus historias eran muy diferentes, en el fondo tenían la misma base.

— ¿Y qué harás? — preguntó, curiosa.

— Supongo que pasar página... Ya sabes, olvidarle. Lo que más rabia me da es que mis amigas tuvieran razón. Todo el mundo me lo decía: Miranda, no te fíes de él... Miranda, que ése no es trigo limpio, que hace tres años que os conocéis y no sabes ni el color de sus ojos...

— ¿No habías visto ninguna fotografía de él?

Ella sacudió la cabeza en señal afirmativa.

— Sí, pero nunca nos habíamos visto en directo o en un vídeo. Ahora dudo que el hombre de las fotografías fuera él.

Mientras decía eso último, sacaba de la bolsa de playa el teléfono y rebuscaba en la galería.

— Mira — señaló, alargando el brazo para que Julia pudiera ver la pantalla.

— ¡Madre mía! ¡Yo también me hubiese enamorado!

— Eso sí, aunque vaya a pasar página, me gustaría saber quién es en realidad...

Julia suspiró hondo, consciente de que ella también tendría que pasar página en su regreso. Por más que se lo repetía a sí misma, no lograba procesar la información ni deducir cómo hacerlo.

— Mi hermana adoraba a Alejandro — explicó — , bueno, en realidad, todo

el mundo le quería. Y todo el mundo se ha puesto de su parte.

— ¿¡De verdad!? — preguntó, impactada, Miranda — ¿Con una infidelidad de por medio y, aún así, se han puesto de su parte?

Aquello le parecía surrealista.

— Él les dijo que suspendí la boda de buenas a primeras y que no le di la oportunidad de explicarse ni pedir perdón.

— ¡Menudo sinvergüenza!

Julia se echó a reír, mientras su nueva amiga la observaba con los ojos abiertos de par en par sin poder creer lo que le estaba relatando.

— ¡Siempre lo fue...!

Tras la comida, regresaron a su pequeño espacio en la piscina y planearon el resto de la tarde. Ambas, sumidas en sus respectivas depresiones, habían rechazado todas las excursiones que el hotel organizaba. Ninguna de las dos había poseído las fuerzas necesarias para imaginarse enfrentándose a una sesión de esnórquel en mar abierto. Pero después de haberse conocido, se sentían dispuestas a animarse la una a la otra.

Se apuntaron, de camino a la habitación, en la excursión de buggy que se realizaría la mañana siguiente. Habían quedado en encontrarse en el hall para cenar en uno de los restaurantes temáticos del hotel.

### 3

A Julia nunca se le habían dado bien los deportes ni la conducción; menos aún la mezcla de ambos. Observaba a Miranda y al resto del grupo dar saltos en los baches a ciertos metros de distancia de ella y no podía evitar preguntarse si aquella idea habría sido buena.

Iba la última del grupo y no podía evitar sentirse asustada. El arenero que pilotaba parecía perder el control cada vez que cruzaba o saltaba un resalto. Julia se preguntó si saldría despedida por los aires antes de llegar al final de la ruta y, prácticamente cuando no quedaba nadie al alcance de la vista, ocurrió. Primero cruzó la maleza, que a pesar del casco y de las protecciones que llevaba en su cuerpo la latigó sin piedad.

Después sintió cómo el extraño vehículo tomaba sus propias decisiones y salía disparado hacia los matorrales. Arrastrándose y aún mareada por el impacto, logró escapar de las garras de la maleza hasta llegar al sendero del que se había salido.

— ¡Mierda, mierda, mierda! — exclamó, irritada, mientras contemplaba con los brazos en jarras el buggy.

Había quedado totalmente introducido en la maleza, bocabajo, en los matorrales.

Antes de urdir el plan de rescate, Julia inspeccionó su cuerpo en busca de posibles lesiones; gracias a Dios, tan sólo tenía varios arañazos que se disimulaban sobre el tono de piel moreno que había adquirido los días anteriores.

Aunque sospechaba desde un principio que no poseía la fuerza necesaria para sacar el trasto a pulso y devolverlo al sendero, probó suerte, sin éxito.

Después decidió sentarse y esperar a que Miranda o cualquier otro integrante del grupo notara su ausencia y alguien acudiera a buscarla. Sabía que la excursión de vuelta al hotel tenía una duración de tres horas y que, seguramente, hasta que todos regresaran nadie se percataría. Calculó que tan sólo llevarían unos diez o veinte minutos cuando había sufrido el accidente y que, con total probabilidad, la esperaban como mínimo un par de horas hasta que apareciese su rescate.

Observó sus magulladas y embarradas piernas y se quitó las rodilleras. Después el casco y el chaleco. Hacía calor, no tenía agua y el ambiente en la selva maya era asfixiante. Por algunos instantes, incluso, llegó a sentirse mareada.

Llevaba treinta minutos de agobiante espera cuando escuchó a lo lejos el rugir del motor de uno de esos trastos. Se puso de pie de un salto, aliviada por la rapidez con la que habían regresado los organizadores, mientras se preguntaba cómo sacarían el vehículo de aquel agujero en el que había quedado atrapado.

Cinco minutos después, dos hombres vestidos de playa — que desde luego no formaban parte del equipo de excursiones — detenían sus vehículos frente a ella.

— ¿Qué hay, señora? — preguntó uno de ellos, con acento nativo.

Julia sonrió con cara de pocos amigos.

Quería librarse de aquellos dos, pero no sabía muy bien cómo. Además, los nativos no le proporcionaban demasiada confianza... ¿No decían que salir del hotel era peligroso y que la delincuencia en aquel lugar era alto?

— ¡Todo bien, todo bien...! — exclamó, mientras les hacía repetidos aspavientos para que continuasen su camino.

El otro hombre, el que no había dicho ni una palabra aún, se bajó del buggy con destreza y se acercó unos pasos hasta ella.

Julia contuvo el aliento, impresionada por el aspecto que lucía. Moreno, ojos castaños, músculos marcados, cuerpo atlético...

— ¿Estás bien? — preguntó.

Si había tenido algún tipo de acento, Julia no se lo había notado. Asintió con rapidez, sacudiendo la cabeza enérgicamente.

— ¿Qué te ocurre? — volvió a preguntar.

Totalmente muda, se encogió de hombros sin saber qué contestar.

Los inspeccionó disimuladamente sopesando la pinta que tenían.

Aunque el hombre que había bajado del buggy tenía un aspecto... inmejorable, su compañero — que parecía bastante más mayor que él — no parecía demasiado amigable.

Se preguntaba, en aquel instante, si su forma de pensar era hereditaria de una cultura machista cuando el chico musculoso interrumpió sus pensamientos.

— ¿Eso es un buggy? — inquirió, señalando a la maleza.

Julia asintió un tanto avergonzada, mientras el desconocido sonreía con picardía.

— ¿Estás viendo esto, Carlitos?

El que continuaba en el arenero soltó una carcajada estrepitosa.

— ¡No mames, güey! ¿Qué hizo la güera con él?

Ella arqueó las cejas y se cruzó de brazos, preguntándose qué narices habría dicho el imbécil del buggy.

— Vendrán a buscarme en un rato — señaló, animándoles a continuar su camino.

— ¿Y te han dejado aquí, sola?

No pudo evitar fijarse en lo atractivo que resultaba todo cuando él lo



pronunciaba.

No, definitivamente, no estaba pensando en hombres ni mucho menos pero... Aquel chico parecía haberse escapado de una película de acción.

— Vendrán en un rato a recogerme — repitió con voz seria.

— ¡Venga, Carlos, ayúdame a sacar el coche de las zarzas!

— ¿Es neta? — gritó el mexicano, mientras se sacaba el casco y salía entre los barrotes.

Julia se hizo a un lado, un tanto preocupada por el rumbo que había tomado la situación. ¿Tendría que aguantar a esos dos tipejos hasta que llegase la ayuda? ¿Cuánto tardaría Miranda en percatarse de que ella no acompañaba al resto del grupo?

— Puedo ocuparme yo sola de esta situación — puntualizó, interfiriendo en el camino del *accion-man*.

Él volvió a dedicarle una sonrisa pícaro y juguetona, antes de apoyar la mano sobre su hombro. Impactada por el repentino contacto humano y por la confianza del gesto, Julia dio un paso atrás.

— Deja que me encargue de esto.

— ¡No! — insistió, enfurruñada.

¿Por qué tenían que ser todos iguales? ¿Por qué pensaban que se les necesitaba siempre? ¿Por qué no eran capaces de asimilar que una mujer pudiera apañárselas sola?

Sin prestarla la más mínima atención, el chico musculoso y su amigo mexicano agarraron los barrotes del vehículo y se dispusieron a tirar con fuerza de él para sacarlo.

— Vamos juntos, Carlitos... ¡Una..., dos..., y tres!

Los dos hombres apretaron los dientes y tensaron los músculos.

Julia les observaba de manera escéptica, mientras ellos, cabezones, continuaban tirando con fuerza sin moverlo ni un solo centímetro del lugar en

que se encontraba.

Al final, cubiertos de sudor y agotados, se rindieron a lo evidente.

— Esperaremos a que vengan a buscarte — añadió el musculoso.

— No es necesario... — intervino Julia, aunque debía admitir que estaba agradeciendo la compañía.

— ¡No fastidies, Elías! — gruñó el amigo — . ¿Nos quedamos?

Elías, que así dedujo Julia que se llamaba, asintió rotundamente.

— O puedo llevarte al hotel y ya mandarán a alguien en busca del buggy — propuso, mientras se quitaba la camiseta empapada en sudor.

Julia se quedó embobada observándole.

No era la clase de hombre en el que ella se hubiera fijado, pero debía admitir que no estaba nada mal. En realidad, siempre había optado por hombres mucho más serios y... ¿trajeados?

— ¿Qué me dices? — insistió.

Ella sopesó qué responder varios segundos hasta que, al final, asintió rotundamente. Estaría mejor en el hotel que allí, en mitad de la nada, cubierta de mosquitos y de barro.

Elías la invitó a subir al buggy mientras Carlos salía escopetado hacia delante, sin esperarles.

— Hay agua en la mochila.

Ella, sedienta, asintió pero no cogió la botella.

Por alguna razón, no terminaba de fiarse de ellos dos.

— ¿Cómo te llamas? — preguntó él.

Tenía un tono de voz autoritario, como si todo lo que pronunciaba fueran órdenes que los demás debían cumplir.

— Julia — respondió cortante.

Aunque sabía que él no tenía la culpa de nada y que se estaba comportando de una manera egoísta, no podía evitarlo. Algo en su interior la obligaba a adoptar aquella actitud de protección, como si de aquella manera nada pudiera afectarla lo más mínimo.

— ¿Estás de vacaciones?

Su voz se mezcló con el gruñido del motor.

— ¿Perdona?

— ¿Vacaciones? — gritó, todavía más alto.

Julia le observó antes de responder en un gesto afirmativo.

Él conducía con soltura, como si estuviera totalmente acostumbrado a manejar esos trastos.

— ¿Y tú? — inquirió, al fin, sin poder contener la curiosidad.

Elías ensanchó una sonrisa, satisfecho.

— Algo parecido...

Era imposible mantener una conversación con el sonido que emanaba aquel trasto de fondo. Julia suspiró aliviada cuando él detuvo el vehículo en la puerta de su hotel.

— ¿Podría volver a verte? — preguntó, antes de que ella tendría la oportunidad de alejarse.

Julia, sorprendida, guardó silencio varios segundos.

— Lo siento si te he confundido pero yo...

— No me has confundido en absoluto — le cortó —, tan solo me gustaría volver a verte.

## 4

Miranda no podía parar de reír mientras Julia le relataba cómo su buggy había abandonado la carretera para hundirse entre las zarzas. Según ella, la parte más divertida del relato era en la que se arrastraba bajo la maleza para lograr regresar al sendero. Julia también se había echado a reír mientras le mostraba las cicatrices de guerra que había sufrido a lo largo del accidente.

— ¿Y tu héroe?

Ella arqueó las cejas, justo antes de darle otro sorbo a la piña colada. Desde que había llegado al hotel, se había aficionado peligrosamente a los cócteles con alcohol.

— No hablé demasiado con él, si te soy sincera — admitió.

Eran las diez de la noche y estaban disfrutando de uno de los espectáculos con el que el resort les deleitaba en la terraza. Aunque no le estaban prestando gran atención, de vez en cuando desviaban la vista hacia los bailarines o aplaudían guiadas por el resto del público.

— ¿No le preguntaste qué hacía en mitad de la selva?

— Supongo que lo mismo que nosotras, ¿no?

— ¿Supones? — repitió Miranda, sin poder contener la risa.

— No se lo pregunté, no — admitió Julia — , ¿te crees que estoy yo ahora

para esas tonterías?

El camarero les acercó dos chupitos de licor tradicional de la tierra.

Ambas se miraron con una sonrisa traviesa antes de hacerlos desaparecer.

— Bueno — continuó Miranda — , ya sabes eso que dicen..., un clavo saca otro clavo.

Julia negó rotundamente, mientras uno de los bailarines rodeada su mesa. Cuando las miradas se alejaron de ellas, respondió.

— El último clavo se ha llevado demasiada madera — explicó — y no queda sitio para clavar más.

Aunque era una metáfora realmente absurda, había sido la única que se le había ocurrido.

— No estés tan segura...

Se despidieron sobre las dos de la mañana con la idea de encontrarse al día siguiente. Después de la última aventura que había vivido, habían decidido tomarse un día de tranquilidad para despejarse y volver a relajarse.

Aquella noche, cuando Julia se tumbó sobre su cama, no fue capaz de conciliar el sueño.

Por primera vez desde que había llegado a aquel lugar, algo en su interior le decía que había hecho lo correcto mandando a paseo a Alejandro. Hubiese resultado evidente para cualquiera, pero para ella, no. En aquellos largos siete años, debía haberle mandado al cuerno en muchas, muchísimas, ocasiones en las que no había sido capaz de decir una sola palabra. Pero el destino había interferido por ella facilitándole las cosas; sus actos eran imperdonables. Y en el fondo, mientras contemplada el impoluto techo blanco de la habitación, era consciente de que tarde o temprano habría acabado sufriendo demasiado por alguien que no merecía la pena.

Comenzaba a sentir que todo lo que tenía que ser, estaba siendo. Aunque en un principio se había arrepentido de haber acudido al viaje, gracias a la

compañía de Miranda su mentalidad iba cambiando. Volvía a sentirse..., viva. Y empezaba a plantearse que había muchísimo más después de él. Sí, tardaría en encontrar trabajo pero, a su favor, tenía un fondo de ahorros del que podría echar mano una temporada hasta que la situación en la que se encontraba se estabilizase. Respecto a las amistades; estaba segura de que tarde o temprano aparecería gente nueva, igual que había encontrado a Miranda de la noche a la mañana.

Su familia terminaría por darle la razón y alegrarse por ella en algún momento y... El resto, ¿qué más daba? ¿Acaso importaba encontrarse soltera? Estaba segura de que en el momento adecuado aparecería la persona apropiada, sin duda.

## 5

Julia descubrió, en una semana, que no era buena nadadora, que el buceo a grandes profundidades le producía un pánico atroz, que la conducción no resultaba uno de sus puntos fuertes, que los mosquitos adoraban su sangre y que la vida podía resultar ser una caja de sorpresas.

Habían pasado el día en playa del Carmen y, aunque ambas se sentían agotadas, Miranda había insistido en acercarse hasta una taquería que le habían recomendado visitar. Julia tampoco había necesitado demasiado para convencerse, a pesar de su cansancio.

Se sentaron en la terraza de la taquería, situada en una de las más transitadas calles, mientras degustaban su especialidad y un vaso de una de sus mejores botellas de tequila. Aunque Julia jamás había soportado el tequila, tenía que admitir que el de los mexicanos estaba muchísimo más rico y elaborado que el que tenían en España — que a su parecer, se asemejaba bastante a un bote de colonia — .

Estaban allí sentadas charlando animadamente y sintiéndose un tanto extrañas lejos de la protección del hotel, cuando Julia los vio aparecer.

— ¡No me lo puedo creer! — exclamó, mientras se hundía en el asiento y se bajaba la pabela para esconder su rostro.

— ¿Qué ocurre? — inquirió Miranda, mientras inspeccionaba descaradamente su alrededor.

Tres hombres entraban en aquel instante en la taquería mientras mantenían una conversación. Miranda les observó procurando captar aquello que su amiga había visto y ella no cuando el último, el más menudo de todos, le guiñó un ojo con una media sonrisa dibujada en el rostro. Ella negó con la cabeza, en un gesto de desesperación.

— ¿Han entrado?

— Sí, ¿me vas a decir qué ocurre?

Julia volvió a incorporarse con lentitud, le dio una bocanada ansiosa al taco y respondió.

— ¡Es Elías...! — exclamó, con las cejas arqueadas.

Miranda le devolvió el gesto de desconcierto, sin entender quién era “Elías” y porqué debían esconderse de él.

— ¿Tu ex? — se aventuró, perpleja.

Julia negó rotundamente.

— ¿Qué iba a hacer el imbécil de mi ex aquí? — inquirió — . No, es Elías. El chico que me llevó al hotel cuando me quedé atrapada con el buggy.

Miranda, sorprendida, soltó una carcajada.

— ¿De verdad?

Ella asintió, antes de pegarle otro bocado al taco.

Cuanto antes terminasen la comida, antes se marcharían de allí.

— ¿No te parece muchísima casualidad?

Miranda, incrédula, volvió la mirada hacia atrás para divisar al “héroe” de su amiga. A través de la cristalera, encontró a los tres hombres pidiendo en la barra.

Dos de ellos parecían nativos, así que dedujo que Elías sería el más alto de todos. Vestía una camisa de lino blanca con unos pantalones beige cortos y unos náuticos y toda su ropa parecía realmente cara. A pesar del calor y la



humedad, llevaba el pelo revuelto dotándole de un aire infantil e informal que no le quedaba nada mal.

— ¡Guau! — suspiró, mientras fingía abanicarse — . ¿No está nada mal?

Julia, molesta, terminó con otro bocado el taco.

Aún con la boca llena, se levantó de la mesa y respondió.

— ¿Nos vamos?

Miranda se echó a reír.

— ¿No te han enseñado a masticar antes de hablar?

Ella tiró de su mano, apremiándola a levantarse, y Miranda señaló su plato. Aún no se había comido los tacos.

— Volveremos mañana, te lo prometo — sentenció, mientras un extraño nerviosismo recorría su cuerpo.

Lo que Miranda desconocía de la historia era la última conversación que ella y Elías habían mantenido en la puerta del hotel. Después de que Julia le rechazase, él, muy molesto, volvió a insistir. No parecía el típico hombre acostumbrado a recibir negativas y rendirse por las buenas, así que Julia optó por parecer un tanto cortante.

— No eres, en absoluto, mi tipo..., lo siento — le había respondido con una falsa sonrisa.

A ella le parecía que el pobre hombre perdía el color del rostro de un golpe, pero sin amedrentarse, echó a caminar hacia el interior sin darle más opciones a replicar.

— Venga, vale — respondió Miranda, mientras se ponía en pie y recogía sus pertenencias.

Justo antes de echar a caminar callejuela arriba, Julia desvió la mirada hacia la cristalera y topó con sus ojos. Sobresaltada por el repentino contacto visual, aceleró el paso y fingió no haberle visto.

— Me ha visto, me ha visto, ¡me ha visto!

Miranda, divertidísima con la situación y con un par de tequilas de más encima, no podía parar de reír. Aquello le parecía totalmente surrealista.

Aceleró el paso mientras Julia tiraba de su brazo para apremiarla a caminar con mayor rapidez.

— ¡Julia!

El grito de Elías sonó desde la lejanía.

— ¡Oh, no! — musitó ella en voz baja, mientras prácticamente echaba a correr.

Su amiga, muerta de risa, se apretaba la barriga mientras caminaba detrás de ella a un ritmo acelerado.

— ¿No vas a responder? — preguntó, divertida.

— ¡Julia! ¡Eh, Julia, espera!

Cuando llegaron al hotel y se bajaron del taxi, ambas cayeron al suelo del césped del jardín muertas de risa.

— ¿Pero te parece normal huir de esa manera?

Julia, que en la vida se había comportado así, tampoco podía parar de reír. Le había explicado brevemente a su amiga lo mal que su “héroe” había llevado que le rechazasen y habían sumado una anécdota más a aquel extraño viaje.

Si lo pensaba detenidamente, nada estaba resultando como había imaginado. ¿Quién decía que iba a pasarse tres semanas llorando como una magdalena en una habitación encerrada, salteando la piscina con comer chocolate desconsoladamente?

## 6

Habían descubierto el mejor invento de todos los tiempos. En su excursión a playa del Carmen, habían comprado una especie de termo que mantenía las bebidas frías durante un largo periodo y que les venía genial para rellenarlo de piña colada y pasarse las tardes tiradas en la piscina.

Miranda y Julia habían estrechado lazos con rapidez y, en muy poco tiempo, se habían hecho buenas amigas. Todas las vivencias similares que habían sufrido las hacían conectar de una manera especial. Miranda regresaría a Málaga en cinco días y Julia volvería a Madrid en dos semanas; pero eran conscientes de que la relación y la amistad que había surgido entre ellas no se rompería con el paso del tiempo y de la distancia.

Aquella tarde, allí tiradas bajo el sol Mexicano, dedicaron las horas a compartir las películas que más les habían gustado y los libros que conservaban con mejor recuerdo. El calor era agotador y capaz de entumecer cada articulación de su cuerpo. Cada hora, se acercaban a la piscina para darse un chapuzón antes de regresar a la tumbona.

— Lo que más pereza me da de la vuelta, es escuchar a todos esos idiotas murmurar “pobrecita, yo me lo imaginaba...”, o cosas similares. ¡No soporto tanto listillo!

— ¿De verdad crees que dirán eso? — preguntó Miranda, mientras se retiraba las gafas de sol para observar a su amiga de arriba abajo — . Yo creo que dirán: ¿has visto el moreno de Julia? ¡Madre mía, qué bien le ha sentado la ruptura!

Julia se echó a reír, sacudiendo la cabeza.

— No tienes remedio, ¿lo sabes, verdad?

Su amiga asintió, risueña.

— Lo que más pereza me da es ponerme a echar currículos... Hace ocho años que no hago uno, además.

— ¿Y por qué has tenido que marcharte tú y no se ha ido él?

Ella se encogió de hombros.

— ¿Tú qué crees? ¡A él le importa un rábano! — exclamó, irritada, acordándose de la actitud molesta de Alejandro — . Además, seguro que se hubiera dedicado a hacerme la vida imposible.

Miranda suspiró, asombrada por lo mal que Julia hablaba de él.

Aunque no era de extrañar después de lo que había tenido que aguantar, no podía evitar preguntarse cómo había podido estar con él tanto tiempo.

Uno de los camareros se acercó hasta las tumbonas tímidamente.

— Disculpen, señoritas, ¿alguna de ustedes es Julia Valdés?

Ella asintió lentamente, incorporándose para prestarle atención.

— Hay un señor en recepción que desearía poder charlar con usted — añadió el camarero.

— ¿Un señor?

— Así es, señorita. ¿Podría acompañarme si es tan amable?

Miranda también se incorporó.

— ¿Quién es?

El camarero negó.

— No ha facilitado su nombre, lo siento.

— ¿Quieres que te acompañe? — preguntó Miranda, curiosa.

Su amiga negó, justo antes de echar a caminar detrás del camarero.

— ¡Te veo en la cena!

En uno de los carritos de golf, se dirigieron hacia la recepción del hotel.

Después de preguntarse repetidas veces quién podría querer hablar con ella allí, terminó por llegar a la conclusión de que, seguramente, se trataría de un error. ¿Acaso había algún problema con su estancia o su reserva? ¿Quién más, aparte de Alejandro, sabía que se estaba alojando en aquel resort?

Entraron en el hall y examinó a un hombre trajeado que esperaba en la recepción de espaldas. Se preguntó quién podría ser, en el mismo instante en el que se giró y la sonrió. Julia perdió la respiración; no podía creerlo.

¿Qué hacía él allí? Así vestido, tan elegante, le había costado varios segundos reconocerle.

— Julia Valdés — saludó con una sonrisa de satisfacción en el rostro — , ese biquini te sienta realmente bien...

Necesitó varios segundos para asimilar la situación y procesarla lo mejor posible. Sentía un nudo en la garganta y prácticamente no podía ni respirar. ¿Quién era él y cómo había dado con ella?

— ¿Elías?

Se apretó el pareo en la cintura, temerosa de que le pasara una mala jugada y terminase en ropa interior delante de él. Era imposible negar que aquel hombre pudiera resultar realmente intimidante si se lo proponía.

Así vestido, Julia le echó un par de años más de los que le había puesto encima la última vez.

El camarero le hizo un gesto indicando que se marchaba y Elías asintió, complacido con sus servicios.

Se acercó hasta Julia con paso firme y lento, sopesando las reacciones de la chica.

— ¿Sabes que te comportaste muy maleducadamente el otro día?

Su voz ronca, inamovible, volvió a crear aquella sensación de inseguridad en ella.

Aunque las veces anteriores había sido capaz de reaccionar sin problemas a su intimidación, debía admitir que así vestido ganaba mucho... Parecía tan autoritario, tan firme, tan...

— ¿Julia?

Ella tragó saliva.

— ¿El... otro día? — repitió, aún anonadada.

No podía imaginarse qué era lo que hacía aquel hombre allí, así vestido, haciéndola llamar a recepción. Además, ¿cómo había averiguado su apellido?

— Sí, el otro día en la taquería. Fuiste muy maleducada conmigo...

Elías caminó dos pasos al frente y se detuvo al ver que la chica no echaba a andar con él. Se giró y la observó de arriba abajo, imaginándose lo que había debajo de aquel escueto pareo. Desde que se la había encontrado en la selva, algo en ella le había llamado la atención. Observó su pelo moreno y castaño caer sobre sus hombros, aún mojado por el último baño que se había dado en la piscina. Tenía la piel dorada, bronceada por el sol mexicano.

Elías pensó que era una de las mujeres más atractivas que había visto jamás...

— ¿Se puede saber qué demonios haces aquí? — soltó Julia, de pronto, despertándose de su repentino aletargamiento.

Él se quedó en silencio, sopesando qué responder.

— ¿Cómo narices sabes mi apellido?

Elías arqueó las cejas y sonrió, antes de caminar hacia ella y quedarse a pocos centímetros de su rostro.

— Quería volver a verte — susurró, siendo consciente de que en aquellos instantes eran el centro de todas las miradas presentes en el vestíbulo — , y parece que es imposible pillarte desprevenida.

Ella aspiró el aroma masculino de su colonia, mientras se preguntaba qué clase de psicópata sería... ¿Pero a qué hombre en sus cabales se le habría ocurrido acosar así a una persona?

— Sé lo que estás pensando... — susurró en su oreja, justo antes de rodearle la cintura con un brazo.

A pesar del calor exterior, de la americana y de la camisa que llevaba puesta, su mano estaba fría y chocó con el contraste de la piel de Julia, que ardía por los rayos de sol que había captado en la tumbona.

— ¿Qué estoy pensando? — repitió.

Volvió a sentirse estúpida, lenta, dormida, aletargada.

Como si la persona que tenía delante, tan cerca, a sólo unos leves centímetros poseyera la capacidad de adormecerla y sumergirla en una especie de trance. Inconscientemente, Julia se acercó más a él para rozar su oreja con los labios. Sentía cómo aquella escena comenzaba a subir de tono...

— Que te estoy acosando — respondió Elías, con tranquilidad — , pero estás muy equivocada, Julia. Yo no tengo que acosar a ninguna mujer...

Ella volvió a aspirar el desconocido aroma de su colonia, impregnándose de él.

— Te he buscado porque quiero invitarte a cenar, y no aceptaré una negativa como respuesta.

Él se apartó de Julia, recuperando el contacto visual entre los dos.

Examinó su pecho, que ascendía y descendía con brusquedad por la respiración agitada e incontrolada. Había logrado, una vez más, el efecto deseado en ella.

— Estate aquí a las nueve en punto, no llegues tarde.

Aún no había respondido cuando le vio alejarse hacia la salida.

En vez de regresar a las tumbonas, subió a su habitación y decidió que ya se encontraría con Miranda en el buffet, tal y como habían quedado en verse.

Julia se metió en la ducha, agradeciendo el repentino frescor que ésta le proporcionaba mientras intentaba recrear toda la conversación que había mantenido con Elías.

Por alguna extraña razón, sentía que no había estado presente en ella y no era capaz de rememorarla con nitidez. ¿Había quedado con él para cenar?



## 7

Se había vestido con un elegante buzo verde de flores. Antes de bajar, había ido a buscar a Miranda para explicarle todo lo sucedido y que, aquella noche, la abandonaría y tendría que cenar sola. Ella, incrédula, se había echado a reír tan divertida como de costumbre.

— ¿Vas a negarme que te gusta?

Julia asintió con firmeza.

— No me gusta..., es que ha sido muy persuasivo — explicó con rapidez — , no me ha dado opción a responder que no.

Ni que sí, en realidad, pero aquello pertenecía a otra rama del asunto bastante diferente.

Julia descendió las escaleras sintiéndose, repentinamente, absurda. Había escapado de Madrid para olvidarse de un exnovio mujeriego y allí estaba, en una luna de miel fallida acudiendo a una cita con un total y completo desconocido que tenía pinta de ser todavía más mujeriego que Alejandro. ¿Acaso se había vuelto loca de remate?

Parecía bastante evidente que el sol mexicano estaba interfiriendo en su sensatez.

Cuando llegó al hall, inspeccionó con una rápida mirada cada esquina en busca de Elías, pero no estaba. Se preguntó si realmente había vivido la conversación de aquella tarde hasta que sus ojos chocaron con el tal Carlitos,

que entraba apresurado en su busca.

— ¡Vamos, está el coche esperando!

Ella asintió y echó a caminar detrás de él, insegura.

En la puerta del resort, encontraron un BMW gris con los cristales tintados de negro esperándoles. Carlos le abrió la puerta y ella entró al interior, esperando encontrar allí al accion-man. Para su sorpresa, no había nadie.

Carlos se sentó en el asiento copiloto y le hizo una seña al chofer para que reemprendiese la marcha.

Según pasaban los minutos, Julia iba sintiéndose más y más nerviosa, como si aquellos dos locos la estuvieran secuestrando y ella lo permitiese.

— ¿A dónde vamos?

Más que una pregunta, fue una exigencia.

— Ya queda poquito, güera — respondió Carlos, sin girar la vista hacia ella.

Julia se pegó al cristal y contempló el exterior.

Sin darse cuenta, se llevó la mano a la boca y comenzó a mordisquearse el meñique con nerviosismo. Aquella manía tan fea la había desarrollado en la época de exámenes de la universidad y había logrado abandonarla tras conocer a Alejandro. Él odiaba toda aquella clase de manías y siempre que le veía morderse las uñas, le gritaba fuera quién fuese el que estuviera delante, preguntándole con la voz de un padre que le regaña a un hijo “si no se daba cuenta de lo feo que era aquel gesto”.

Ahora, tantos años después, se sentía libre de destrozarse a mordiscos la parte del cuerpo que quisiera sin miedo a que la fueran a regañar como a una niña, avergonzándola siempre delante de todo el mundo.

El coche se detuvo en la explanada del parking de un puerto.

Carlos se bajó con rapidez el primero para abrirse la puerta a Julia, que nerviosa, comenzaba a sospesar cuándo tirarían su cadáver al mar y si le pondrían pesos para que no ascendiera de nuevo a la superficie.

— ¡Vamos! — instó el nativo, mientras echaba a andar en dirección a los

barcos.

Ella se lo pensó dos veces antes de seguirle, pero llegados hasta aquel punto, pocas opciones más tenía. Estaba tan asustada, que era incapaz de pronunciar palabra en voz alta, así que no se molestó en tartamudear a ver qué narices hacían allí.

Carlos se plantó frente a un enorme yate que tenía las escaleras hacia el puerto echadas y le indicó con un gesto que subiera a bordo. Julia, indecisa, obedeció y echó a caminar hacia arriba mientras mentalmente se recriminaba haber cometido la locura de asistir a aquella “cita” — si es que podía llamarla así — .

Al llegar a la cubierta, tropezó con una mujer unos diez años mayor que ella — también nativa — que la estaba esperando.

— El señor Castro la está esperando para cenar — le comunicó con una sonrisa de oreja a oreja — , y me ha pedido que la guíe, señora.

Julia, que seguía sintiendo los nervios, el miedo, y la garganta seca, solo fue capaz de asentir levemente.

— Si es tan amable de seguirme, señora... — murmuró, antes de echar a andar.

Bajaron por unas escaleras y pasaron lo que a Julia le pareció un centenar de puertas de camarotes. El yate, era enorme. Como si hubiesen metido dentro de él el resort entero en el que se alojaba — y eso que era el resort más grande en el que había estado jamás — .

Al final, entraron en una enorme sala que tenía una imponente mesa redonda de tamaño descomunal en mitad de ella, decoraba con velas y flores de todo tipo. Sentado en una silla, junto a otra que aguardaba vacía, estaba Elías. Se había cambiado de traje y se había peinado el pelo con elegancia.

La saludó con una media sonrisa, antes de levantarse para recibirla.

Julia caminó hacia él mientras notaba cómo sus piernas se convertían en gelatina, provocando que su cuerpo se tambaleara peligrosamente.

— Estás preciosa — dijo, mientras rodeaba su cintura y la guiaba hasta la

silla que le correspondía.

Quiso responderle un “gracias”, pero fue incapaz. En lugar de eso, sonrió.

— ¿Carlos ha sido cortés contigo?

Al escuchar aquella pregunta, su sonrisa se ensanchó.

— No mucho — respondió, permitiéndole a su cuerpo relajarse por unos segundos — . Así que te llamas Elías Castro...

Él asintió en el mismo instante en el que un camarero traía diferentes bandejas con comida a la mesa.

— Así es, ése es mi nombre.

Ella contempló el despliegue y la variedad de platos impresionada, preguntándose para sí misma cuántas personas se podrían alimentar con aquella comida.

— No sabía qué te gustaba y qué no, así que he pedido que hagan un poco de todo — explicó.

— Me gusta todo... — murmuró en un hilillo de voz, sin poder procesar que toda aquella cantidad de comida hubiese sido preparada para satisfacerla a ella.

— No lo creo, pero ya iré conociendo mejor tus preferencias.

El camarero se acercó hasta ellos con educación.

— ¿Qué desean para beber?

Elías le cedía la palabra a Julia, que aún impresionada, tanteaba la mirada entre el camarero y la mesa repleta de bandejas.

— ¿Vino? — preguntó, dubitativa.

— Tráenos un buen reserva, Santiago.

El hombre, obediente, asintió y se alejó con rapidez.

— ¿Todo esto es tuyo? — inquirió Julia, impresionada.

Elías asintió.

— Sí, es mío.

— Pero, no estás aquí de vacaciones, ¿verdad?

Él negó.

— Llevo viviendo en México desde que tenía catorce años. Mi padre se trasladó aquí por los negocios y yo me vine con él. Desde entonces no he regresado a España.

Julia, intimidada, no pudo continuar con la conversación.

El camarero regresó con el vino tinto y les sirvió dos copas, justo antes de preguntarles por qué platos deseaban comenzar. Julia se decidió por lo mismo que su acompañante mientras, en silencio, se preguntaba quién era aquel hombre que tenía al lado para poseer todo aquello.

¿Sería un famoso futbolista que no había sido ella capaz de reconocer? ¿Tal vez un político importante?

Elías soltó una pequeña risita, recuperando la atención de la mujer que tenía al lado.

— ¿Qué ocurre?

No entendía qué era tan gracioso.

— ¿Alguna vez te han dicho que eres como un libro abierto?

Ella sacudió la cabeza.

No conseguía librarse del nerviosismo y centrarse en la cena... El entorno en el que se encontraba la hacía sentirse fuera de lugar.

— Mi padre era asesor empresarial y yo he heredado su imperio y su lista de clientes más importantes. ¿Era eso lo que te estabas preguntando?

Julia, impresionada, asintió.

Desde luego, había escogido muy mal su empleo.

— ¿Y tu padre? — preguntó, al final, sin poder contener la curiosidad.

— Él murió hace ocho años en un accidente de tráfico.

— Lo siento — musitó, preguntándose cómo era capaz de meter la pata en tantas ocasiones seguidas-.

— No te preocupes, era imposible que lo sabrías...

Según transcurría la cena, más complicidad se formaba entre ellos dos.

Julia descubrió que el hombre en el que “no se hubiese fijado” tenía un corazón mucho más profundo de lo que aparentaba tener. No podía asegurarlo y tampoco estaba totalmente segura de ello, pero creía que Elías había formado una especie de escudo protector para protegerse de todo mal que pudieran hacerle, al igual que ella.

Fue durante el postre cuando Julia descubrió que su madre también había fallecido en aquel accidente de coche y que, desde entonces, había estado solo en México. Tenía una tía en España pero, dejándola de lado, no le quedaba más familia a la que acudir.

Elías había luchado por sacar adelante todo lo que su padre había tardado tantos años en construir y, según parecía a primera vista, su éxito en los negocios era irrefutable.

Aunque en el resto de la cena no quiso hablar nada más de él, ni de su familia, ni de su trabajo, aquellos pequeños detalles que Elías le había dado habían sido suficientes para que se soltara a su lado.

La oscuridad tenía el puerto marino teñido de negro y la embarcación era alumbrada por el leve destello de la luna y las estrellas. Elías le había dejado la americana del traje a Julia, que tiritando y destemplada por los estragos del vino, se la había colocado por encima de los hombros para entrar en calor.

Estaban sentados en las tumbonas de la cubierta, junto a la piscina, mientras contemplaban ensimismados la vía láctea.

— Hay pocas cosas tan románticas como las estrellas — murmuró Julia, con la vista clavada en el firmamento.

Él no respondió, pero se giró para observarla.

Llevaba el pelo en un recogido discreto que se había ido deshaciendo a lo largo de la noche, dejando escapar unos mechones de cabellos castaños sobre su piel dorada.

— ¿Cuándo regresáis a Madrid? — preguntó Elías, curioso.

Había creído desde un principio que ella y Miranda habían realizado aquel viaje en conjunto y Julia le había dejado pensar que estaba en lo cierto.

En realidad, no quería explicarle la verdad. En el fondo le resultaba demasiado patético de expresar en voz alta y..., y Elías le gustaba. No le gustaba en el mismo sentido de “estar enamorada”, sino más bien, le atraía mucho.

Podía contarle a Miranda lo patético que había resultado su intento de contraer matrimonio sin miedo a que se la juzgase porque, al fin y al cabo, ¿qué mujer no se había llevado un desengaño alguna vez en la vida? Pero confesárselo a Elías resultaba diferente...

Él se acercó hasta ella y se sentó a su lado. Julia, ruborizada, no retiró la mirada de las estrellas hasta que Elías la obligó a mirarle tirando suavemente de su barbilla.

— No me has respondido, ¿cuándo te marchas?

Ella clavó la mirada en sus profundos ojos mientras un sinfín de emociones se apoderaban de su cuerpo. Pocas veces había vivido algo tan lujoso y excitante como aquello y, por estúpido que pudiera parecer, le resultaba emocionante y la hacía sentir... viva.

— Aún me quedan un par de semanas por delante.

Elías, complacido, asintió.

— ¿Todos los camareros del barco trabajan para ti?

Él repitió el gesto en señal afirmativa.

— ¿Y qué hacen? ¿Vienen corriendo cuando les llamas?

— No, viven aquí.

Julia, atónita, no podía creer lo que estaba escuchando.

¿Cuánto dinero podía llegar a costar todos aquellos lujos que Elías tenía?  
¿Cuántos miles?

Él se levantó y comenzó a desabrocharse la camisa hasta quitársela. Julia lo examinó, sin palabras. No era la primera vez que veía a Elías sin camiseta, no, pero desde aquella perspectiva y conociendo un poco más de él le parecía, incluso, más atractivo de lo que ya era.

Se quitó el cinturón y comenzó a desabrocharse el pantalón.

— ¿Qué haces? — preguntó ella, en un estado intermedio entre la excitación y el miedo.

— Voy a darme un chapuzón, ¿vienes?

Tiró del pantalón y lo colocó en la tumbona. Un segundo después, de espaldas a ella, se quitó los bóxers antes de introducirse en el agua.

Aunque no podía dejar de repetirse que aquello “no iba a terminar bien”, fue incapaz de resistirse a la tentación. Se quitó la americana y el buzo y, en bragas y en sujetador, se dirigió hacia la piscina. Elías la observaba desde el agua con una sonrisa traviesa en el rostro.

— Tenemos un problema... — dijo en voz baja —, si te bañas con ropa interior, tendrás que volver a casa sin ella.

— ¿Y cuál es el problema? — quiso saber Julia.

Cada vez se sentía más suelta y cómoda con aquel juego.

— El problema es que suena demasiado excitante para contenerse.

Ella, sonriente, llevó las manos hasta su espalda y desabrochó el cierre de su sujetador. Elías la observaba, sin perderse ni un solo detalle.

Julia no tenía muchos complejos, pero sus pechos y su trasero no eran la parte preferida de su cuerpo. A su parecer, su trasero tenía cierta celulitis imborrable y sus pechos demasiadas estrías de lo rápido que le adelgazaban y engordaba si ganaba o perdía unos kilos. Aún así, envalentada por el momento, terminó de desnudarse completamente. Había lanzado su ropa



interior hacia atrás, sin mirar, y rezó porque no supusiera un problema la búsqueda de después.

Elías la contempló mientras poco a poco se introducía en el agua. Debía admitir que no estaba acostumbrado a ver mujeres como ella..., tan..., reales. Tan perfectas a su manera. Las últimas chicas con las que había salido, habían sido modelos o actrices que tenían más cirugías y gimnasio que otra cosa en el cuerpo. La última, Estela, había terminado sufriendo una enfermedad de anorexia e ingresada en alguna clínica. Aunque jamás se había enamorado, no era el típico hombre al que le resultaba atractivo salir de “caza” cada noche en busca de alguien, así que establecía cierta seriedad en la relaciones para facilitarse la vida.

Examinó por última vez a Julia antes de que hundiera la cabeza bajo el agua y sintió el deseo apoderándose totalmente de su cuerpo. Era perfecta, se lo había parecido desde el primer instante en el que la había visto en la selva y su opinión no había variado si no para mejor.

Sacó la cabeza y le sonrió desde la lejanía, temerosa de acercarse a su cuerpo hasta él. Tenía treinta y un años y ella jamás había cometido aquel tipo de locuras, si no todo lo contrario. Su vida había resultado siempre lo más común y monótona posible, siempre había tenido la misma pareja y cuando no, había estado soltera. No había vivido aventuras de aquel tipo porque jamás había tenido la suficiente valentía para hacerlo.

Vio cómo Elías se acercaba hasta a ella lentamente, caminando con parsimonia bajo el agua. Sus piernas, una vez más, volvieron a transformarse en gelatina y tuvo que respirar hondo para controlar sus impulsos. Él la alcanzó y tiró de su cuerpo hasta pegarlo al suyo.

— Eres muy bonita, ¿te lo habían dicho?

Notó el labio inferior tembloroso por el nerviosismo que sentía, mientras negaba con un leve movimiento de cabeza.

Elías acercó su rostro al de ella y mordió su labio inferior, deteniendo el pequeño temblor en el instante. Acarició su espalda desnuda y rodeó su cuerpo con los brazos para atraerla con firmeza contra él. Notó los huesos de su cadera contra su vientre y la excitación que sentía al besarla comenzó a

elevante. Ella le devolvió el beso, perdiéndose momentáneamente en la pasión que emanaba aquel instante y nada más.

Sintió las manos del hombre que la estaba besando descender con suavidad hasta su trasero y apretarlo con brusquedad. Julia, que para entonces ya estaba totalmente fuera de sí, enroscó sus piernas alrededor de su cadera mientras sentía la dureza de su miembro crecer contra su vientre.

Elías detuvo el beso para sonreír con picardía y se sorprendió con el choque de los labios de ella, ansiosos en busca de más. Mientras la besaba con fiereza, agarró sus caderas y tiró de ella hacia abajo, obligándola a descender y ascender suavemente mientras rozaba su pene. Ella continuaba enroscada a él, apretando cada vez más sus piernas, sus cuerpos...

— Me vuelves loco... — confesó, sin poder ocultar todo aquello que estaba sintiendo en aquel instante.

Julia asintió sin ser capaz de añadir nada más, completamente embriagada por el momento.

Elías separó los labios de los suyos para pasar a lamer su cuerpo y descender suavemente hasta sus pechos. Notó la espalda de Julia arquearse por el placer mientras atrapaba uno de sus pezones y los pellizcaba suavemente entre los dientes. Ella se apretó más contra él, deseando que llegara el momento en el que la penetrase y sus dos cuerpos se fundieran en uno solo.

Le temblaba cada extremidad mientras sentía los labios de Elías recorrer cada centímetro de su piel. Notó su mano descender con suavidad hasta la altura de su vientre para después agarrar su miembro y colocarlo bajo ella, rozándole con dureza su sexo. Elías presentía que no aguantaba más, que necesitaba sentirla, pero antes de penetrarla quería hacerla disfrutar al máximo..., quería que fuera ella quien le pidiera que lo hiciera.

Julia, ansiosa, elevó las manos y rodeó la cabeza de Elías con ellas, obligándole a besarla mientras tiraba con brusquedad de su pelo. Sentía un incómodo dolor en el vientre, un calor descomunal abrasar su interior. Agradeció en aquel instante encontrarse en el agua, mientras inconscientemente se movía sensualmente contra él.

¿A qué estaba esperando?

— ¿Qué quieres? — ronroneó él, notando la impaciencia y la ansiedad que emanaba su amante.

— A ti — respondió, sofocada.

No necesitó más.

Hundió su miembro en su interior, clavándose dentro de ella con una embestida. Julia gritó de placer mientras Elías mordía sus pechos y salía y entraba en ella, cada vez más rápido, más fuerte, más salvaje...

Con los ojos cerrados y la espalda totalmente arqueada sobre la superficie del agua, Julia gemía de placer. Elías la observaba sin poder contenerse, impulsado por sus gritos placenteros. Contempló la belleza que irradiaba allí, expuesta bajo la luz de la luna, mientras él entraba y salía de su cuerpo con toda la fuerza que era capaz de entregarle.

Alcanzaron el clímax simultáneamente y se quedaron abrazados varias horas en el agua.

Julia prácticamente se había quedado dormida sobre sus brazos, mientras se preguntaba si todo aquello que estaba viviendo era real. Si después de todo, el destino había interferido en su vida colocando a Alejandro para que todos los sucesos se produjeran tal y como habían sido para que tropezase con Elías, para poder encontrarse en aquel instante allí con él.

Mientras las nubes apagaban la luz del firmamento encapotando el cielo, Elías se preguntaba algo bastante similar a los pensamientos de ella.

## 8

—¡ Te has vuelto loca! — señaló Miranda, sin poder creer lo que su nueva amiga le estaba contando.

Aunque prácticamente no conocía de nada a Julia, había pasado el suficiente tiempo con ella como para saber que no era la clase de mujer que cometía aquellas locuras.

— No, no me he vuelto loca — respondió en voz baja, evitando que el resto de los presentes pudieran escuchar la conversación — . Fue mágico, Miranda. Te lo digo de verdad.

Ella sacudió la cabeza en señal de respuesta, justo antes de sentarse a su lado.

— ¿Y habéis dormido juntos?

— No, me ha traído a casa de madrugada.

— A ver, veamos, para que yo me aclare... “Tu héroe”, ése que no soportabas y habías rechazado, ése del que habíamos salido huyendo con los tacos sin tragar en la boca, ése que te había buscado en el hotel hasta acosarte..., ¿es ése con el que has pasado la noche?

— Exacto.

— Que además de todo eso, ¿tiene un yate gigante lleno de empleados que viven en él para atender las necesidades del señorito y que nos ha invitado a dar un paseo en su velero porque, como no, también tiene velero, esta tarde?

— Ajá.

— Definitivamente, te has vuelto loca de remate — sentenció, antes de mordisquear la galleta.

— No me he vuelto loca, solo he decidido ver la vida de otra manera — se defendió — , tú misma me lo dijiste el otro día: un clavo saca otro clavo, ¿no? ¿Y qué tiene de malo que disfrute mientras esté aquí?

Miranda meditó la respuesta varios segundos.

— Es que no le conoces absolutamente de nada... ¿y si es un psicópata que intenta asesinarte?

Aunque lo había dicho bromeando, su rostro expresaba una total seriedad.

— Entonces no está haciendo las cosas muy bien si aparece en plena luz del día buscándome en el resort. ¿No crees que sería el primer sospechoso del crimen?

Julia también había meditado, con total seriedad, en ello.

— Está bien... — admitió Miranda — , tienes razón. Si te asesina, me encargaré yo de entregarlo a la policía. ¿Vamos al velero?

Después de comer, Carlos las recogió en la entrada del hotel al igual que lo había hecho el día anterior. Las vacaciones que ambas amigas habían comenzado catalogando como “desastrosas”, se estaban convirtiendo en dignas de una película o una buena novela. Ninguna de las dos habría podido imaginar que algo así podía ser posible, pero allí estaban, con un niño rico en un velero, surcando el Caribe junto a los delfines.

Julia observaba el fondo marino asombrada, mientras Elías pilotaba el barco con un fino pantalón de lino y sin camiseta. Carlos también les estaba acompañando, aunque era como si no existiese o no estuviera presente; mientras el resto disfrutaba, él viajaba sentado en una esquina y únicamente se levantaba para tomar los mandos del velero cuando Elías los dejaba de lado para acercarse a Julia.

La contempló desde la distancia y fue inevitable pensar que aquel día estaba todavía más hermosa que el anterior. Vestía un pareo de manchas y un sujetador de bikini negro que le quedaban perfectos, realzando todos sus atributos.

Miranda le había parecido una chica muy simpática, aunque Elías no llegaba a entender por qué habían viajado solas al Caribe ellas dos. ¿Aquel viaje no solía ser típico de parejas? En realidad, no sabía si Julia tenía una relación en España... y si la tenía, ¿qué más daba? Estaban allí solos y podían disfrutar el uno del otro sin preocupaciones, así que no le parecía apropiado meterse en ningún tema escabroso que pudiera estropearlo. Aún quedaban dos largas semanas por delante y no pensaba desaprovechar ni un solo instante de ellas.

A media tarde, hicieron un descaso para tomar un picnic. Les había pedido a las cocineras que lo prepararan todo y había dejado en manos de ellas el contenido de la cesta. Fue sacando la comida, mientras las dos chicas y Carlitos se acomodaban en la pequeña mesa plegable de la cubierta.

— Sándwiches, fruta, macedonia...

Era evidente que su mano derecha y amigo, Carlos, no se sentía a gusto con las dos féminas. Aunque estaba acostumbrado a que Elías estuviera con mujeres, pocas eran las ocasiones en las que ambos compartían tiempo con ellas. Como norma general, Carlos las recogía de noche, las llevaba a la mansión y luego las devolvía de vuelta a sus respectivos hogares cuando salía el sol.

Pero con Julia estaba siendo diferente, era obvio.

— ¡Menudo buffet nos has preparado para merendar, Elías! — bromeó Miranda, mientras picoteaba un poco de aquí y allá, hambrienta.

— Aunque no tenemos la famosa y rica dieta mediterránea que tenéis vosotras, creo que la fruta mexicana no tiene nada que envidiar a las demás, ¿verdad?

Julia asintió, conforme, sin poder apartar la vista de Carlos.

Aquel tipo le parecía de lo más curioso y extraño. No comía, no bebía, no se acercaba a ellas...

— ¿Y por qué decidisteis pasar las vacaciones aquí? — inquirió Elías, curioso, sin poder contenerse.

El corazón de Julia se aceleró en unos segundos. Le parecía realmente absurdo ocultarle qué la había llevado allí, pero es que no quería contárselo, nada más.

— Pues ya ves — señaló Miranda, distraída, sin prestar atención a la expresión de angustia de Julia — , ¡hombres!

Elías soltó una carcajada.

— ¿Hombres? — insistió.

Miró a Julia de reojo y su rostro se lo dijo todo.

Había pocas cosas que a Elías se le dieran bien; los negocios y las personas. Y con tan solo observarla un pequeño instante, supo que ocultaba algo.

— Sí, ¡hombres! — repitió, fingiendo estar molesta — , dos corazones rotos cuyos caminos se cruzan en mitad del paraíso — añadió con dramatismo.

Él desvió la mirada hacia Julia, de nuevo, mientras ésta perdía el color de su rostro y se tornaba pálida.

Miranda también se percató e, intentando arreglar su metedura de pata y la situación, cambió de tema con rapidez y desvió la conversación hacia el almuerzo.

El resto de la tarde fue divertida y tranquila por partes iguales. Se dieron un chapuzón en mitad del mar, volvieron a avistar un grupo de delfines que nadaban en grupo y después regresaron al puerto.

Julia no podía evitar sentirse extraña y un tanto desanimada. Sabía que Miranda no había dicho nada malo y que, además, no se había dado cuenta de que metía la pata contándolo pero... ¿No la vería ahora Elías de una manera diferente? ¿No le parecería una pobre mujercita indefensa con el corazón roto?

## 9

Julia no había llevado ropa elegante para aquel viaje. En realidad, todo lo que había llevado en la maleta se reducía a algún que otro vestido, una buena cantidad de bañadores y bikinis, un par de viseras para protegerse del sol y unas cuantas sandalias.

Vació e inspeccionó cada prenda de vestir sin dar con ninguna decente. No sabía con qué la sorprendería Elías, pero todo a lo que aquel hombre estaba acostumbrado resultaba lujoso y exquisito; demasiado para alguien tan común como ella.

Se observó en el espejo y sonrió ante su reflejo; al menos la imagen que éste le devolvía no le desagradaba por completo. Claro que había días en los que se veía mejor y días en los que peor. Al final, optó por un vestido largo de escote cruzado en el cuello que se ataba en la nuca. Le gustaba el corte que tenía en las piernas, dejando parte de ellas al descubierto cuando caminaba. Antes de descender hacia el lobby del hotel, se pintó los labios de un color carmín intenso que siempre le había parecido muy sensual.

Se tomó un gintonic mientras esperaba a que Carlos acudiera en su busca; había bajado con tiempo de sobra y por primera vez, ella se había adelantado a él. Estaba nerviosa, muy nerviosa. Se sentía como si, de pronto, hubiera rejuvenecido diez años y habría regresado a los locos veinte. Elías imponía mucho y le estaba mostrando un mundo nuevo que se abría ante ella como un abanico muy tentador. Se preguntaba cuántas veces en la vida tendría la oportunidad de disfrutar de algo similar a aquello y se respondió que, seguramente, jamás volvería a encontrar a alguien como él — que se fijara en ella — . Era consciente de que pertenecían a mundos completamente diferentes



y que, como norma general, no debían mezclarse entre ellos.

Carlos apareció tan puntual como de costumbre para recogerla y acompañarla hasta el BMW en el que habían viajado las veces anteriores. Los encuentros con Elías se habían potenciado y comenzaban a poder formar parte de una lista: el día del buggy, el día de la taquería, el día del hotel, la cena en el yate y la excursión en el velero. Se habían visto cinco veces previamente, por tanto, los nervios que sentía eran realmente absurdos.

Cuando llegaron, intentó caminar con paso decidido y firmeza, sin dejarse amedrantar por la impresionante mansión que tenía ante sus ojos, cubierta de jardines con figuras de piedra y cristaleras impresionantes que cubrían por completo la parte baja de la planta. A pesar de su tamaño, Julia calculó que tendría dos pisos a lo sumo.

Subieron unas escaleras de mármol y Carlos la invitó a esperar en los sofás del hall mientras él iba en busca de Elías.

Julia, allí plantada y completamente asombrada con cada centímetro que la rodeaba, examinaba todo con un “¡oh!” inaudible impreso en el rostro. No podía llegar a imaginar cómo alguien podía vivir en un lugar como aquel sin sentirse... ¿solo?

Elías apareció en solitario, vestido con unos pantalones chinos beige y una camisa blanca que le dotaban de un aire más informal y sensual. Se plantó en el umbral de la puerta y sonrió con picardía a la mujer que tenía en frente.

— Buenas noches... — saludó Julia, procurando desprenderse de la timidez que sentía.

Él le devolvió el saludo con un guiño de ojo, antes de indicarla con un gesto que le siguiera hasta el lugar correspondiente.

Julia se levantó y caminó tras él, cruzando los pasillos de la enorme mansión sin poder ocultar su asombro.

— ¿Todo esto es tuyo? — preguntó, imaginándose el dineral que podría llegar a costar.

Seguramente ni con todos los ahorros y el dinero que ella y toda la plantilla de

su ex-empresa ganasen en una vida entera podrían permitirse algo similar. Y eso sin contar con las obras de arte que decoraban cada esquina de la casa.

— ¿Tú qué crees? — respondió, sin girarse para observarla.

Se sentaron en un sofá granate de un enorme salón. Las paredes del mismo estaban cubiertas por estanterías repletas de libros y Julia sintió que aquel lugar sí que era el verdadero paraíso.

Elías se levantó del asiento y sacó de uno de los muebles de madera dos copas y una botella de vino blanco que dejó en una cubitera, frente a ellos.

Sirvió las copas y le tendió a Julia la suya.

— Pruébalo — pidió, sonriente.

Ella le dio un pequeño sorbo y asintió en señal afirmativa.

— Está muy rico, sí.

Él también bebió un sorbo.

— Es exquisito — sentenció.

Seguramente, Elías tendría razón pero Julia no era demasiado entendida en esos temas.

— ¿Vamos a cenar en tu casa? — preguntó ella, procurando sacar un tema de conversación cualquiera.

Julia odiaba los momentos incómodos en los que nadie hablaba; al contrario de él, que parecía sentirse cómodo y seguro con los silencios prolongados.

— ¿Quieres que salgamos a cenar fuera? Podemos cenar donde quieras.

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro.

— Supongo que habrás cocinado tú, ¿no?

Elías sonrió ante su ocurrencia.

Se acomodó en el sofá y, permitiéndose relajarse después de un largo día,

cerró los ojos unos segundos para degustar y disfrutar tanto el vino como la compañía.

Aunque ella se percató del cansancio que emanaba, no dijo nada al respecto. En realidad, desconocía por completo el tema del “asesoramiento empresarial”; podía suponer un poco por dónde iría el asunto, pero jamás había conocido a alguien que se dedicase a esos temas.

— ¿Vas a contarme por qué tienes el corazón roto? — preguntó, distrayéndola de sus pensamientos.

Aquella pregunta le había pillado totalmente desprevenida.

Julia, sobresaltada, lo miró preguntándose qué sería exactamente lo que quería saber.

— ¿Por qué se rompen los corazones?

Elías meditó la respuesta varios segundos, mientras disfrutaba de otro sorbo del vino.

— Porque los dejan en manos equivocadas — sentenció, completamente convencido de aquello que decía.

En realidad, Elías tenía razón; había dejado su vida en manos de un imbécil.

— Tienes razón — admitió, distraída, con los pensamientos muy lejos del lugar en el que se encontraban.

Elías estiró su brazo y le tendió la mano.

— Vamos a cenar, estoy hambriento — murmuró.

Ella se dejó llevar, completamente segura en aquel lugar.

Pasaron a otra pequeña habitación que tenía las paredes blancas y los techos cubiertos de lámparas de araña. Julia se sentó donde él le retiró la silla y contempló la mesa, que había sido decorada con muchísimo esmero. Tenía un centro de flores y varias velas rodeadas de pétalos de rosas rojas.

— ¡Guau! — exclamó, sin poder ocultar que aquello estaba resultando una sorpresa detrás de otra.

En el fondo, sospechaba que aquella era la verdadera intención de Elías: sorprenderla. Y debía admitir que estaba logrando su propósito con creces.

Él, complacido con cada una de las reacciones de la mujer que la acompañaba, revisó su reloj de muñeca y sonrió.

— Nos traerán la cena en breves instantes, así que mejor nos preparamos, ¿te parece bien?

Julia asintió sin entender muy bien a qué se refería, mientras él cogía un estuche que reposaba sobre la mesa y sacaba dos pañuelos negros largos.

Elías se levantó y rodeó la mesa hasta quedar tras su acompañante.

— No te muevas y no te asustes, es parte del juego...

Ella, inmóvil como una estatua, tragó saliva.

En aquel instante Elías era lo único que la hacía sentir viva, así que daba igual lo que le pidiera que ella lo haría sin dudar.

Notó sus dedos fríos y suaves recorrer su espalda desnuda y descender con lentitud por su columna vertebral, provocando que todos los músculos de su cuerpo se tensasen en un instante.

Después, rodeó su cuello con el pañuelo y lo tensó alrededor de él, creando cierta presión e interrumpiendo su respiración. Julia volvió a tragar saliva, nerviosa, sin poder imaginarse qué sería lo que aquel hombre estaría tramando hacer con ella. Con la misma parsimonia con la que había rodeado su cuello, fue elevando el pañuelo hasta la altura de su boca para ejercer ahí la misma presión que en su cuello, provocando un efecto similar al de una mordaza. Inmóvil, aguantando la respiración, permitió que continuase elevando el pañuelo hasta rodear sus ojos. Pensó en aquel instante que continuaría con el juego, pero en lugar de ello, apretó un nudo en su cabeza cegándola por completo.

Ella se llevó las manos hasta el pañuelo en un gesto inconsciente.

— No te lo quites, como ya te he dicho, forma parte del juego.

Escuchó unos pasos e imaginó que estaría regresando hacia su sitio. Después,

el chirriar de una silla moviéndose de posición resonó en la vacía y silenciosa habitación.

Notó la mano de Elías en su rodilla, indicándole con aquel gesto que ahora estaba sentado a su lado y se imaginó que, con total probabilidad, estaría sonriendo pícaramente en aquel instante.

— ¿No se supone que íbamos a cenar? — preguntó ella, insegura.

Él fue a responderle pero el sonido de unos pasos acercándole le interrumpió.

Julia escuchó la puerta del habitáculo abrirse.

— ¿Desean que traiga la cena?

— Sí, puede ir trayendo los entrantes — respondió él con rapidez y firmeza — y active el equipo de música.

— Por favor — musitó Julia cuando escuchó el sonido de la puerta cerrándose.

— ¿Cómo?

Ella sonrió.

— Que no cuesta mucho pedir las cosas por favor.

Elías no respondió.

Elevó la mano que había colocado sobre su rodilla con suavidad, dejándola a la altura de su muslo. Un piano comenzó a sonar de fondo y unos violines le siguieron, rodeando el ambiente de música clásica y confirmando que el sirviente de Elías había cumplido la orden de encender el equipo de música.

— Da igual como pida las cosas, se harán de todas maneras.

Julia no le discutió, sabía que tenía razón.

Volvió a escuchar el sonido de la puerta abriéndose y un par de pasos más acercándose hasta ellos. Se sintió extraña allí sentada y se preguntó qué sería lo que pensarían aquellas personas de ella al verla así, con los ojos vendados en la mesa. ¿Regresarían a sus casas y les contarían a sus respectivas mujeres

las situaciones raras que vivían en la mansión de Elías Castro?

— No dirán nada — dijo él, como si, una vez más, hubiese sido capaz de leerla la mente — , ellos trabajan y viven aquí, esto es su vida. No me importa que comenten las cosas entre ellos, pero saben que si cuentan fuera cualquier cosa que hayan visto aquí...

Elías se calló y Julia le concedió unos segundos para que continuase. Al ver que no lo hacía, irrumpió el silencio.

— ¿Si cuentan fuera cualquier cosa que hayan visto aquí, qué? — inquirió.

Escuchó la suave risa de Elías a modo de respuesta.

— Nada — respondió, risueño — , sé que no dirán nada.

Aunque fue incapaz de comprender su confianza en los empleados, decidió no añadir ni una palabra más.

Comenzaron a cenar y la experiencia le resultó de lo más extraña. Debían de haber llevado otra buena cantidad de platos a la mesa — que ella no podía ver — porque cada bocado que él le daba tenía un sabor y una textura diferente.

— ¿Más? — preguntaba, si veía en la expresión de su rostro que lo que había saboreado le resultaba agradable.

Ella asentía y él llevaba un pequeño tenedor hasta su boca.

— ¿Cambio? — preguntaba si notaba que el sabor no le entusiasmaba.

Julia se preguntó si él estaría cenando algo, ya que toda la atención la estaba dirigiendo a ella. A satisfacerla, a excitarla con aquel juego tan sensual...

Tan solo escuchaba el sonido de la voz de Elías y la música clásica de fondo, mientras un sinfín de sabores explotaban en su paladar.

Todos los sabores que probaba le resultaban diferentes y exóticos. No tardó demasiado en encontrarse satisfecha, pero Elías continuaba dándole a probar un poco de todo y ella decidió no estropearle el juego.

— Mmm... — musitó, cuando llegó la hora de los postres y una trufa de chocolate estalló en su paladar — , está buenísimo... Tendrás que darle las

gracias por todo esto a tu cocinera.

— Ssh... — respondió, llevando su dedo índice a los labios de Julia —, disfruta y nada más.

Cuando terminó de cenar, la botella de vino se encontraba vacía y Julia se sentía completamente mareada. Elías le pidió a uno de los camareros que retirase la mesa y les dejara a solas. Agarrándola de la mano, la guió hasta el sofá en el que habían estado sentados anteriormente y le pidió que se relajase.

A Julia, que cada vez se sentía más borracha, excitada y mareada, le parecía imposible poder relajarse. Elías tiró de su vestido y desató el lazo que llevaba en la nuca para después besarle el cuello con delicadeza.

— ¿No es un poco injusto que yo continúe a ciegas?

— No lo es, no... — respondió, mientras deslizaba sus manos a través de su silueta, permitiendo que el vestido cayera al suelo.

Elías observó a la mujer que tenía frente a él completamente excitado. No llevaba sujetador, así que sus firmes pechos habían quedado al descubierto y su cuerpo tan sólo era decorado por un fino tanga de color rojizo.

Notó el nerviosismo que ella irradiaba y acarició su vientre, mientras le susurraba en su oído, una vez más, que se relajase.

— ¿Quieres seguir jugando? — preguntó, aunque estaba totalmente convencido de la respuesta que ella le daría.

— Sí.

— Entonces tienes que confiar en mí y estar tranquila.

Ella asintió con la cabeza y él la empujó suavemente hasta tumbarla sobre el sofá.

Primero le retiró el tanga, dejando su cuerpo totalmente expuesto a él.

— ¿Notas esto? — preguntó, mientras le acariciaba los pechos suavemente

con la yema del dedo índice.

— Sí — repitió Julia, que sentía cómo cada célula de su ser vibraba de excitación.

Después se levantó, cogió el otro pañuelo negro que había quedado libre y la cubitera de hielos. Con el pañuelo, acarició suavemente sus muslos, introduciéndolo entre ellos y retirándolo con delicadeza.

— ¿Notas esto? — preguntó.

— Sí... ¿plumas?

Él sonrió, pero sin responder.

Se tumbó sobre ella y comenzó a lamer su cuello con lentitud.

— ¿Lo notas?

Julia volvió a asentir en silencio, mientras su intimidad se humedecía y un calor descomunal recorría su cuerpo entero. Se sentía extasiada, completamente embriagada por el placer y el erotismo que desprendía aquel momento.

Elías se alejó unos centímetros de ella, cogió un hielo de la cubitera y lo dejó caer sobre su vientre, antes de atraparlo entre sus dientes y comenzar a restregárselo por su cuerpo lentamente, lamiendo en el mismo acto cada esquina por la que pasaba dejando rastro.

Descendió hasta su monte de Venus e introdujo el hielo por completo en la boca para poder chupar y besar su hinchado clítoris. Julia notó el frío que irradiaba su lengua succionando y apretando cada parte que quedaba entre sus labios vaginales. Sentía que el placer comenzaba a sobrepasarla y que, de un momento a otro, estallaría completamente fuera de sí. Él continuó besando, lamiendo, succionando...

— ¡Oh..., mmm, sí! — gimió, cediéndole totalmente el control de su cuerpo.

¡Cómo la tocaba, cómo la besaba, cómo la lamía...!

Todos los actos de aquel hombre la volvían loca.



Él se estiró sobre su cuerpo, abalanzándose de vuelta sobre sus pechos mientras suavemente descendía e iba bajando su mano hasta llegar a su húmedo y caliente sexo. Deslizó el dedo suave y superficialmente hasta que poco a poco fue introduciéndolo en su interior. Estaba tan húmeda y preparada, que introdujo dos, después tres...

Veía su rostro placentero y escuchaba sus gemidos de placer y sentía cómo se encontraba a punto de ceder. Se desabrochó el cinturón con lentitud, permitiéndole unos segundos para que volviera a relajarse. Julia escuchó el sonido de las hebillas desabrochándose y el calor que sentía se elevó, sabiendo que en pocos segundos la penetraría y se fundiría con él.

Sintió las frías manos de Elías introducirse lentamente por debajo de su trasero y de su espalda hasta tirar de su cuerpo, haciéndolo girar completamente hasta dejarla bocabajo sobre el sofá. Después se tumbó sobre ella, abriéndole las piernas para permitirse acceder mejor.

La penetró con suavidad mientras le retiraba el pañuelo de los ojos y se lo colocaba en la garganta, tirando suavemente de él en cada embestida que le propinaba. Julia, completamente fuera de sí misma, arqueaba la espalda evitando el dolor cada vez que Elías tiraba de ella dejándola sin respiración. Continuaba agarrada y atada a él, continuaba embistiéndola salvajemente mientras que, con la mano libre, acariciaba su sexo haciéndola enloquecer de placer.

Había dejado de preocuparse por el pañuelo que tenía al cuello y había cedido el control al erotismo del momento. Explotó en unos segundos mientras él se dejaba caer sobre ella, justo después de alcanzar el clímax.

# 10

Julia se despertó gracias a los rayos de sol que se colaban a través de las persianas. Eran las ocho de la mañana y Elías, para aquellas horas, ya habría salido a correr por los alrededores de la mansión. Habían sido los días más maravillosos de su vida y cada cita con él suponía una aventura nueva que descubrir y disfrutar... A pesar de ello, sabía que el final se iba acercando poco a poco y que, en una semana, tendría que regresar a España.

En unas horas, Miranda regresaría hacia Málaga y Julia había quedado con ella para acercarla al aeropuerto. Bueno, en realidad, no iba acercarla ella, sino Carlos; desde hacía varios días se había transformado en su chofer personal y se dedicaba a llevarla y traerla de vuelta al hotel cada vez que lo pedía. Se le notaba en el rostro que aquella tarea no era especialmente de su agrado pero, al final, se tragaba las quejas y las palabras y la invitaba a subir al coche sin protestar. Algo en su interior le decía que Carlos le tenía mucho aprecio a Elías — y que ese aprecio era recíproco — y le hacía sospechar que el hombre con el que llevaba varias noches compartiendo cama también comenzaba a apreciarla a ella.

¿Para qué engañarse? No podía decir que se había enamorado porque, en realidad, tan sólo se conocían desde hacía unos días y la relación se había basado en el sexo y en la pasión pero..., tenía que admitir que los sentimientos hacia él comenzaban a aflorar en su interior y que si continuaban viéndose tanto, todo terminaría en una dolorosa despedida.

Aún así, algo en su interior le gritaba a voces que merecía la pena intentarlo y seguir adelante; en definitiva, disfrutar.

Se dio una ducha y se vistió los shorts y la camiseta de tirantes que había llevado el día anterior. Bajó abajo en busca de alguien, pero la mansión estaba, aparentemente, vacía. Decidió investigar hasta dar con la cocina porque tenía un hambre atroz y un tigre no dejaba de rugir en su estómago. Cuando la encontró, dos cocineras nativas se sobresaltaron al encontrarla allí y le pidieron que esperase en el comedor, recordándole que ellas le prepararían cualquier cosa que deseara.

Daba igual lo mucho que Julia deseara valerse por sí misma en aquella casa porque, excepto Carlos, el resto de los trabajadores vivían y morían por cumplir con todos los deseos de su jefe y los de sus invitados, que en ese caso era ella.

Eran las nueve de la mañana cuando Carlos acudió en su busca en el BMW y Elías aún no se había dejado ver.

— El jefe tiene trabajo — explicó Carlitos, con un acento mexicano tan marcado que Julia no podía evitar reprimir una risita cada vez que se dirigía a ella.

— ¿Dónde está?

El mexicano se encogió de hombros y la invitó a subirse en el asiento trasero.

Viajando así, prácticamente se sentía como una multimillonaria.

También se había negado a ir en la parte trasera del coche pero Carlos tampoco le había permitido que fuera junto a él, en el asiento del copiloto, así que no le había quedado más remedio que acatarse a las órdenes del nativo.

Por mucho que se quejase y que le resultase excesivo todos los vicios y lujos que aquella vida llevaba consigo, era innegable que cualquier persona podía llegar a adaptarse a ellos sin mucho esfuerzo.

Mientras se acercaban al hotel, Julia recordó el pequeño apartamento al que se había mudado tras la ruptura y todos los problemas que Madrid traía consigo y un extraño nudo se apretó en su estómago, retorciéndose.

Miranda se subió al coche con una mueca de tristeza en el semblante. Julia la abrazó con fuerza y sonrió con ternura.

— Has sido lo mejor de mi viaje — murmuró en voz baja para evitar que Carlos escuchase la conversación.

Llevaba la música clásica de Elías puesta a un volumen considerable, pero Julia le veía cada dos por tres vigilarlas desde el retrovisor; así que sabía que estaba atento a ellas.

— ¡No seas mentirosa! — exclamó Miranda entre risotones — ¡Lo mejor de tu viaje ha sido el morenazo ricachón!

Julia también rompió en carcajadas y antes de que pudieran decirse mucho más, alcanzaron el aeropuerto.

Carlos aparcó el BMW en la zona de taxis y decidió esperarla allí, después de ayudarlas a descargar las maletas.

Ambas amigas pasaron a facturar la maleta de Miranda mientras un se realizaban un sinfín de promesas que sabían que, pasados unos días, habrían quedado flotando en el aire y jamás llegarían a hacerse realidad. Ya no eran unas niñas de veinte años y, con la edad, habían aprendido que la gente entraba y salía del camino de uno para dejar paso a algo mejor.

Julia siempre recordaría a Miranda con muchísimo cariño; había sido su única amiga y compañera de viaje cuando no tenía a nadie con quien estar, ni siquiera con quien hablar.

Como a un faltaba tiempo para que se anunciara la puerta de embarque que le correspondía en su vuelo, decidieron pasar a la cafetería y charlar tranquilamente.

— ¿Avisamos a Carlos? — preguntó Miranda, que por alguna razón había sentido empatía hacia aquel hombre tan extraño.

— No, déjale — dijo Julia, mientras desviaba la mirada hacia la cristalera preguntándose si desde ahí podría vigilarlas — , aunque le invitásemos a un café no se sentaría con nosotras. Tiene una especie de aversión hacia las mujeres...

Miranda, ojiplática, observaba algo que estaba sucediendo tras la espalda de Julia con la mirada perdida y el rostro empapado en asombro.

— ¿Ése..., no es Carlos? — inquirió, con una media sonrisa.

Julia se giró de golpe para contemplar el espectáculo.

Sí, era el mexicano. Corría de un lado a otro atropellando a la gente con prisas mientras las buscaba a ellas — o eso parecía — .

— ¿Estará buscando un baño? — rió Miranda.

— ¿Incontinencia a tan tiernas edades? — coreó Julia.

Ambas españolas se echaron a reír como locas.

Carlos, que ya las había divisado sentadas en el café, echó a correr hacia ellas llevándose por delante todo aquel que se interpusiera.

— ¡Ándale! — gritó a pleno pulmón, llamando la atención de Julia —  
¡Ándale, güera! ¡Tenemos prisa!

Miranda, asustada por la locura repentina del hombre, apoyó su mano sobre el brazo de Julia.

— ¿Y a éste qué narices le ha picado?

Su amiga se encogió de hombros.

Carlos llegó hasta ellas y se apoyó sobre la mesa, antes de tirar del brazo de Julia apremiándola a levantarse.

— ¡Tenemos que irnos! — exclamó, enfurecido.

Julia le apartó la mano de un manotazo, alucinada por el gesto de Carlos. Seguramente no lo había hecho con ninguna maldad implícita, pero la verdad es que había tirado de ella con tanta fuerza que le había hecho mucho daño.

— ¡Yo no voy a ninguna parte!

Miranda, alucinando aún con la escena, intentaba adivinar qué era lo que sucedía mientras todas las miradas de la cafetería se clavaban en ellos.

— ¿Qué ocurre? ¿Qué es tan urgente?

— ¡Hay que marcharse ahora mismito! — gritó, rabioso, sin poder contener la

ansiedad que sentía — ¡ El jefe me ha llamado con una urgencia y tengo que llevarla hasta su hotel, güera! ¡Ándale ahora mismito!

Ella negó con firmeza silenciosamente.

— ¿Pero qué demonios ocurre? ¿Qué es tan urgente, Carlos? — volvió a preguntar Miranda, que por alguna razón se estaba poniendo en la peor de las opciones.

Sin esperarlo ninguna de las dos, Carlos retiró la silla de Julia y la aupó en sus brazos colocándola en su hombro como si fuera un saco de patatas.

Carlos — que no era precisamente grande y fuerte — echó a correr balanceándose de un lado a otro mientras Julia le propinaba todo tipo de patadas y manotazos y lo amenazaba a pleno pulmón.

Llegó al coche y la tiró en el interior a la fuerza, antes de colocar el pestillo y salir disparado hacia la autopista.

— ¡Cabrón! — gritaba Julia, desde detrás, sin dejar de arrearle manotazos mientras él conducía a gran velocidad — ¡Eres un estúpido cabronazo!

Miranda se había quedado anclada en la silla sin saber cómo reaccionar ni actuar. ¿Qué debía hacer? En menos de dos horas estaría en un vuelo rumbo a Málaga y no podía permitirse quedarse allí una semana más; cambiar de vuelo y alargar la estancia suponía un gasto que no podía cubrir.

Aún tenía bajo ella todas las miradas del aeropuerto cuando dos policías locales se acercaron a su mesa y tomaron asiento sin ser invitados.

— ¿Nos explica qué es lo que pasó, señora? — preguntó uno, mientras se cruzaba de brazos frente a ella — . Nos comunicaron desde recepción que armaron jaleo en esta mesa.

Suspiró hondo y, sin estar al cien por cien segura de si hacía lo correcto o no, comenzó a relatar lo sucedido.

— Entonces, ¿el hombre secuestró a su amiga?

Miranda asintió, justo en el instante en el que su puerta de embarque se iluminaba en una de las pantallas.

Cuando llegaron al hotel, Carlos salió con prisas del coche, abrió la puerta y tiró de Julia hasta sacarla a la calle.

Desde el suelo, completamente empapada en sudor por el mal rato que se había llevado gracias a ese imbécil, observó el BMW derrapar y alejarse a gran velocidad mientras levantaba un arenal de polvo a su paso.

Suspiró hondo, procurando controlar su cabreo y esperando, como mínimo, que en las próximas horas recibiera una gran excusa para justificar todo aquello... Si es que Elías esperaba volver a verla.

# 11

Un día y medio fue el tiempo que Julia tuvo que esperar hasta que Elías se dignó a aparecer con una explicación. Aunque la noche antes había jurado que si aparecía no volvería a caer en sus redes, fue imposible no ceder cuando llamó a la puerta de la habitación.

— ¡Pero qué demonios te ha pasado! — exclamó, impresionada, mientras examinaba el golpe que tenía en el pómulo amoratado.

Le acarició el rostro con suavidad, temiendo dañarle.

En aquel instante, supo que daba igual la explicación que le diera; ya estaba perdonado desde el primer instante que le había visto.

— El otro día tuve un accidente de moto — explicó, afligido, mientras entraba en la habitación y se sentaba en la cama — , llamé a Carlos antes de perder la consciencia.

Julia soltó un grito de asombro y se tapó la boca con ambas manos, sin poder creer lo que estaba escuchando.

— ¿Cómo...?

Él se encogió de hombros.

— Supongo que iba demasiado rápido..., la calzada patinó y perdí el control.

Ella, impresionada por sus palabras, se sentó a su lado y colocó la mano sobre su pierna.



No podía llegar a imaginar lo duro e impactante que debía de ser sufrir un accidente de tráfico después de haber perdido a ambos padres en la carretera. Elías sonrió con ternura y ella le devolvió el gesto.

— ¿Ha ido la policía a visitarte? Vinieron a verme ayer — explicó con rapidez — pero les dije que estaba bien y que todo había quedado en una broma.

— No te preocupes por la policía, sólo quiero saber que tú estás bien y que Carlos no te hizo daño.

— ¡No, no! — saltó, asombrada — . ¿Cómo puedes preocuparte por mí después de lo que has pasado? Si Carlos me hubiese explicado algo yo no...

— Se puso nervioso y no supo cómo actuar...

Julia asintió con lentitud, como si por fin comprendiera todo.

— Lo siento mucho... — musitó en un susurro.

Él atrapó su rostro con las manos y presionó los labios contra los suyos con delicadeza.

Mientras se besaban, Julia rememoró las pesadillas que Elías había tenido las noches que habían pasado juntos y se preguntó si todos aquellos malos sueños que lo atormentaban tenían algún tipo de relación con la muerte de sus padres.

Recordó una de las noches en la que había dormido en la mansión: cuando se despertó, Elías se removía agitado en sueños con la camiseta empapada en sudor mientras murmuraba algo ininteligible. Julia tardó varios minutos en lograr que se despertara, mientras él gritaba sin cesar.

— Tengo una sorpresa para ti... — le contó — , es mi manera de pedirte perdón.

Ella negó con la cabeza.

— No necesito nada, te he perdonado, de verdad... Además, ¿qué es realmente lo que debería perdonarte? — preguntó, mientras acariciaba con suma delicadeza el pómulo inflamado del hombre que tenía en frente.

— Haber desaparecido así...

Iba a protestar, pero Elías presionó sus labios evitando que pudiera formular alguna palabra. Sentía cada célula de su cuerpo vibrar por él de una manera salvaje, natural... Como si sus estímulos respondieran únicamente cuando él estaba cerca.

Julia no había sido, hasta entonces, muy experimentada en el tema del sexo, pero tampoco podía decir que fuera una monja. Había probado prácticamente cualquier cosa catalogable dentro de “lo normal”, pero con él todo le resultaba diferente..., excitante.

Suspiró su aroma y un perfume varonil inundó sus fosas nasales. Elías rodeó su cuello y presionó su mano contra la nuca, justo antes de comenzar a descender con una caricia hasta sus pechos. Pasó la mano por debajo de su camiseta de pijama y continuó el camino hasta llegar a la goma de su pantaloncito. Mientras el beso perduraba, él introdujo la mano por debajo del pantalón y sonrió con picardía al comprobar que Julia no llevaba ropa interior. De un tirón, se desprendió de los shorts del pijama y la empujó contra la cama. Toda ella la volvía loco. Inspeccionó, antes de lanzarse sobre ella, su mirada dulce y lujuriosa suplicándole sin decir palabra que la hiciera suya.

Se tumbó sobre sus piernas y le besó las ingles con delicadeza. Notó los músculos de Julia tensarse bajo la presión de su cuerpo. Con suavidad, comenzó a lamer superficialmente su sexo hasta alcanzar su clítoris; le encantaba su sabor, su olor... Cada parte de su cuerpo le volvía loco.

— ¡Oh, Elías...! — murmuró Julia, extasiada.

— ¿Eres mía? — preguntó él.

Ella se retorció de placer mientras notaba cómo Elías succionaba e introducía los dedos en ella, una y otra vez, haciéndola enloquecer. Sentía tanto placer que ni siquiera podía pensar o articular palabra en voz alta... Lo único de lo que era consciente era que todo su cuerpo vibraba por él.

Un teléfono comenzó a sonar en la habitación y Julia regresó a la realidad unos segundos, pero él no se detuvo.

— ¿Eres mía? — repitió, mientras se desabrochaba con rapidez los pantalones.

El sonido de la llamada expiró justo en el instante en el que Elías se clavaba en ella. Notó su respiración entrecortada mientras lamía su cuello con pasión.

Él introdujo sus manos por detrás de su cuerpo y las bajó hasta su trasero para tirar de él en cada embestida, provocando que el placer que sentía aumentase aún más.

Julia sintió la ferocidad de cada acto de Elías, que se había rendido a ella y al momento.

— Respóndeme — ordenó, mientras apretaba sus pechos con fuerza.

Ella notó cómo el orgasmo se aproximaba lentamente y le recibió, mientras arqueaba la espalda y gemía de placer.

— ¡ Soy tuya...! — gritó, justo antes de que el éxtasis les atravesara.

Se vistió con un polo azul marino, unos shorts vaqueros y unas sandalias a juego, de manera cómoda pero a su vez, elegante. No sabía a dónde iba a llevarla Elías, pero dadas las circunstancias, se esperaba cualquier cosa por su parte.

Carlos había estado fuera en todo momento esperándoles en el coche. Cuando Julia bajó, él le recibió sin mencionar los últimos sucesos que habían tenido lugar.

Elías viajó con ella en la parte de atrás, en silencio y pensativo con la mirada perdida a través del cristal. Julia se tomó la libertad de apoyar su cabeza sobre su hombro, de una manera tierna y cariñosa. En cierta manera, en aquellos pocos pero intensos días, se había creado una enorme conexión entre ambos.

Cuando Carlos detuvo el vehículo en el puerto, Julia pensó que una vez más se dirigían hacia el yate.

— No hace falta que te quedes ni que vuelvas — le dijo, justo antes de darle

la mano en señal de agradecimiento.

El coche se alejó a gran velocidad — como siempre si conducía Carlos — y ellos echaron a caminar por el paseo del puerto en silencio.

Aunque había comenzado a oscurecer, allí la temperatura siempre era agradable para pasear en manga corta. Elías esquivó la entrada hacia el yate y continuó el paseo, recto.

— ¿No vamos a...?

Él le respondió con una de sus sexys sonrisas.

— Ya te he dicho que tenía una sorpresa para ti... Una sorpresa y una proposición — añadió, aparentemente feliz.

Ella se arrimó más a él y se apretó contra su pecho.

Caminaron hasta que Elías se detuvo frente al museo marítimo del puerto que, lógicamente, ya se encontraba cerrado a aquellas altas horas de la tarde. Julia lo examinó, preguntándose qué harían allí.

Él se adelantó unos pasos y se colocó frente a la puerta principal, justo antes de buscar las llaves y abrirla de par en par.

— Pero..., ¿esto es legal? — preguntó, anonadada.

— El museo es mío — respondió él — , así que es completamente legal.

Después de haber visto tanto lujo a su alrededor, no entendía cómo todavía podía llegar a impresionarla así.

Entraron dentro y se encontraron con las luces encendidas; Elías le explicó que había contratado a un par de personas para que se encargasen de organizar la sorpresa en condiciones.

— Siéntate — le pidió, señalándole los sofás que había junto a la recepción — , iré a preguntar cómo van...

Ella asintió.

Todo aquello era un sueño hecho realidad.

Se sentía tan feliz allí, a su lado...

Suspiró hondo sin poder quitarse Madrid de la cabeza, sin poder deshacerse de todos aquellos problemas que aún tenía que solventar y sin saber cómo olvidaría aquellas semanas y a Elías cuando todo aquello llegase a su final.

Cuando regresó, Julia continuaba inmersa en sus pensamientos y él no tardó en detectar la preocupación que expresaba su rostro.

— Vamos, está todo listo — indicó, manteniendo la puerta abierta de par en par.

Ella pasó la primera y él le indicó que continuara caminando hasta el final.

Cuando llegó, no podía creer aquello que sus ojos estaban observando: un acuario gigante que creaba una especie de cristalera en forma de túnel se abría paso ante ella. Aunque no poseía ningún tipo de iluminación, alguien se había encargado de colocar un reguero de velas esparcidas por el suelo.

Julia caminó un pasó al frente y se colocó bajo el túnel. Cuando alzó la mirada al techo de cristal, encontró un pequeño tiburón sobre su cabeza, cruzando hacia el otro lado del acuario.

— ¡Guauu! — murmuró, impresionada, sin poder creer lo que estaba viendo.

Había visitado muchísimos acuarios y no era sencilla de impresionar, pero aquello... Las velas, la noche, el ambiente, ellos dos solos...

Elías sonrió, con aquella sonrisa tan característica de él que a Julia le volvía loca.

— Sigue caminando — le pidió, mientras él la seguía de cerca.

Aún en shock por todo lo que estaba viviendo, continuó hacia el fondo, caminando con parsimonia y disfrutando de todas las especies marinas que nadaban sobre ellos.

Se tapó la boca con ambas manos y contuvo las lágrimas cuando encontró “su sorpresa”. Aquello era demasiado..., perfecto. Demasiado irreal.

¿Cómo alguien podía tomarse la molestia de organizar todo aquello por ella?

— ¿Te gusta? — preguntó.

Ella se giró hacia Elías, emocionada.

— Si todo esto es una táctica para conquistarme — murmuró, con el labio tembloroso — , te recuerdo que en unas semanas desapareceré de tu vida.

Él negó lentamente con un silencioso movimiento de cabeza.

Julia volvió a contemplar la estampa: habían colocado una cama de agua con cojines y almohadones en mitad del acuario, con una pequeña mesita repleta de fruta y una botella de vino. El suelo continuaba impregnado de velas y pequeñas lamparitas que imitaban la misma luz natural de ellas.

Elías se acercó hasta ella y agarró su mano para guiarla hasta la cama. Se tumbó y ella le imitó, colocando la cabeza sobre su pecho. Se quedaron en silencio unos segundos mientras Julia escuchaba los latidos regulares de su corazón y una manta-rama nadaba frente a ellos. Una manada de peces que tenían luz propia surcaba el agua sobre sus cabezas.

Julia sintió como los ojos se le inundaban, siendo incapaz de procesar que todo aquello no era un sueño. Era real.

— Sé que casi no te conozco — comenzó Elías con una voz muy suave y la mirada clavada en el acuario — , y tienes razón, todo esto es para conquistarte. No sé por qué, pero siento que tú eres diferente y que si te dejo marchar, que si no aprovecho esta oportunidad y te pierdo, me arrepentiré el resto de mi vida.

Guardó silencio unos segundos antes de tomar aire y continuar.

— No sé cómo es tu vida en España, no sé si allí eres feliz, si quieres seguir con tu familia o con tu trabajo pero... Tengo que pedírtelo antes de que sea tarde y te vea subirte a un avión; quédate aquí, conmigo.

# 12

¡Aquella era la mayor locura que había cometido jamás!

Mientras descargaba las cajas de la mudanza, aún podía proyectar en su cabeza la imagen de Marina cuando le había comunicado telefónicamente que se quedaría a vivir allí: ¡en México! Aunque no se la había visto, podía imaginársela con total perfección.

— Tú no estás bien de la cabeza — le había respondido su hermana, incrédula — . ¿Y qué vas a decirle a Alejandro?

— No voy a decirle nada, él ya no forma parte de mi vida...

A veces se le olvidaba lo importante que era su exnovio para su hermana.

Marina y ella nunca se habían llevado especialmente bien, pero por raro que resultase, su hermana había conectado de la misma con Alejandro.

— No tienes cabeza, de verdad, Julia — sentenció — . Algún día madurarás y comprenderás los disgustos que le has dado a esta familia... ¡Uno detrás de otro!

Divertida, sacó una de las lámparas de las cajas y la colocó sobre el mueble de la habitación.

Había logrado que una ex-compañera de trabajo le enviase alguna que otra cosa de su viejo apartamento, pero la mayoría de las pertenencias que había poseído en su anterior vida se habían quedado atrás.

A pesar de todo, Elías había cumplido su parte del trato. Habían acordado que se mudaría a la mansión y que podría redecorar ciertas partes de ella a su gusto para sentirse cómoda y en el hogar.

Sabía, muy en el fondo, que Marina tenía razón en todo lo que le había dicho... ¡Aquello era una auténtica locura! ¿Pero cómo habría podido decirle que no? Se había enamorado de él y había logrado que su vida diese un giro total. En aquellos momentos, Elías era la única fuente de felicidad que Julia había sido capaz de encontrar.

Habían pasado el día paseando por los jardines y Julia aún no terminaba de acostumbrarse a todos los lujos con los que, de la noche a la mañana, se había visto envuelta. Aunque resultase extraño, la mansión en la que vivía tenía una pista de aterrizaje y un hangar — para la avioneta de Elías —, tres piscinas, una zona de relajación, otra de barbacoa, etc. Todo aquello le parecía demasiado fantasioso e irreal, pero se había propuesto disfrutarlo hasta que llegase a su final.

Se tumbó en la cama y contempló el techo blanquecino mientras el calor mexicano se colaba por la ventana abierta a unos metros de ella.

En aquellos instantes, Elías se encontraba reunido en la parte baja de la casa, en la sala de reuniones, con uno de sus clientes. Julia se preguntó a sí misma a qué dedicaría su tiempo allí, porque una cosa tenía clara: no pensaba ser una mantenida y la mujer florero que decoraba la mansión de un ricachón. Era evidente que por muchas horas que trabajase jamás lograría igualar un tercio del salario de Elías, pero por el momento se conformaría con encontrar cualquier trabajo y aportar lo mínimo.

Se levantó de un salto y decidió dar otro pequeño paseo por la mansión; aún quedaban demasiados recovecos por explorar y Elías parecía que tendría para largo en la reunión.

Investigó un poco por la biblioteca, mientras su cabeza era atacada por millones de incógnitas. ¿Con cuántas mujeres había vivido en aquel lugar? ¿Cuántas relaciones serias había tenido antes de conocerla? ¿Qué esperaba realmente de ella?

No podía evitar hacerse esas preguntas, aunque sabía que era tarde para



llevarse las manos a la cabeza y meditar sobre si realmente conocía al hombre con el que se había ido a vivir.

Suspiró hondo mientras bajaba las escaleras hacia abajo, preguntándose dónde estaría el gimnasio del que le había hablado Elías.

— ¡Ey!

Notó el corazón acelerarse peligrosamente cuando escuchó su voz tras ella.

— Me has asustado... — suspiró, mientras él se acercaba para poder besarla.

— ¿Qué hacías?

Julia se encogió de hombros.

— Esto es demasiado grande — alegó a modo de respuesta — , creo que me costará acostumbrarme a vivir aquí.

— Te acostumbrarás — aseguró, mientras agarraba su mano y tiraba de ella escaleras arriba.

— ¿A dónde me llevas?

La sonrisa traviesa de Elías se ensanchó en su rostro.

Él la guió hasta la azotea que, como el resto, no dejaba indiferente a nadie que la contemplase. Un solárium natural con una piscina enorme se expandía a lo largo de su ancho, junto a un jacuzzi burbujeante.

— ¡No me lo puedo creer! — exclamó, impresionada.

— ¿Lo estrenamos? — preguntó, juguetón, mientras estiraba de los tirantes del top que Julia llevaba.

Ella se echó a reír, divertida, mientras asentía tontamente en señal afirmativa.

Su vida se había reducido a disfrutar del sexo, disfrutar de los lujos y a disfrutar de Elías. ¿Cómo no iba a ser feliz con semejante estampa?

Se metieron en el jacuzzi y Elías no se anduvo con preliminares. Guiado por el calor descomunal del momento y la belleza de Julia, era imposible no sentirse

excitado en cada instante. Le desató el bikini, que quedó flotando en el agua, y la colocó sobre sus piernas para poder tocarla y besarla con mayor facilidad. Le encantaba lo poco que Julia necesitaba para estar húmeda y preparada para él, siempre dispuesta a recibirle.

Introdujo un dedo en su interior, después dos, y continuó entrando y saliendo mientras observaba cómo su rostro iba evolucionando mostrándole en qué momento sentía mayor placer. Succionó los rosados e hinchados pezones mientras los firmes pechos se movían frente a su rostro, restregándose con suavidad frente a sus ojos. Recorrió su columna vertebral desde la nuca a la cintura y tiró de su cuerpo hacia él cuando llegó a sus caderas. Suavemente, fue introduciéndose dentro de ella mientras le cedía el control de la situación. Julia comenzó a ascender y descender sobre Elías mientras un cosquilleo de placer recorría su piel. Le volvía loca cada parte de él; recorrió con suavidad su torso, separándose unos centímetros de su ardiente cuerpo. Se entretuvo palpando sus firmes abdominales mientras aumentaba el ritmo de sus subidas y bajadas y un ardor recorría su vientre. Tiró de su pelo, atrapando sus labios en un fugaz mordisco y tragó la saliva con sabor a sangre. Aumentó el ritmo más y más...

— ¡Sigue así, Julia, por favor...!

Contempló a su “héroe”, que tenía los ojos entrecerrados y apretaba con dureza sus nalgas, obligándola a repetir las embestidas con mayor rapidez mientras se clavaba más profundamente en ella. Cada vez que Elías le mordía o apretaba uno de los pezones, sentía cómo su cuerpo entero cedía al instantáneo placer que le proporcionaba el ardiente instante, olvidándose del resto y amenazando con estallar. Él apretó su cadera con ambas manos y comenzó a moverla, más rápido, más intenso, más fuerte, mientras lamía y mordía salvajemente su cuello.

— ¡Más, por favor...! — gemía roncamente.

Notó las uñas de Julia clavándose en su espalda, arañando salvajemente su piel.

Poseído por el deseo, separó sus cuerpos y se levantó de un saltó, mientras tiraba de Julia para colocarla bocabajo, sobre el borde de la piscina. Observó sus nalgas rosadas, levemente sonrojadas por los apretones que habían

recibido de sus manos. Antes de clavarse en ella, le propinó un sonoro azote que le sonsacó un pequeño aullido.

Se introdujo completamente en su interior y, fuera de control, comenzó a moverse de una manera desesperada mientras entraba y salía y sus dos cuerpos chocaban una y otra vez. Julia notaba las fuertes manos de Elías en su cintura, apretándola y guiando su cuerpo para recibir sus salvajes embestidas. Cuando alcanzaron el clímax, prácticamente de manera simultánea, Julia se dejó caer rendida en el jacuzzi con las piernas temblorosas, acurrucada a su lado.

— Una vida no será suficiente para cansarme de ti...

# 13

En pocos meses, Julia había terminado totalmente amoldada a su nueva vida. Se había acostumbrado a vestir con ropa cara, a llevar guantes y lujosos sombreros, vestidos y trajes de firma y a codearse con los clientes de la alta sociedad que Elías le presentaba.

Aún no había llevado a puerto la tarea de encontrar un trabajo, pero por primera vez en su vida tenía el tiempo suficiente para dedicarse a su gran pasión: la escritura.

Los días laborales acostumbraba a pasarlos en casa escribiendo pequeños relatos que colgaba en un blog y a recibir a los clientes de Elías. De vez en cuando, Carlos — con quien había estrechado lazos — la permitía acompañarle a realizar algún recado y si no, se entretenía paseando por los jardines o nadando en la piscina climatizada. Se había acostumbrado de tal manera a aquella nueva vida, que no le quedaba absolutamente nada de la anterior. Aunque aún mantenían de vez en cuando el contacto con su hermana, Marina, pocos eran los minutos que contenía el registro de las llamadas.

Había acompañado al cliente de Elías hasta la sala de reuniones en la que él se encontraba y se disponía a leer un buen libro en aquel instante. Julia se había enamorado de una butaca blanca que decoraba el centro de la biblioteca de la mansión y había comenzado a acostumbrarse a pasar un par de tardes semanales allí sentada, disfrutando de la literatura.

No había caminado dos pasos cuando le pareció escuchar los nudillos de alguien golpeando la puerta principal de la casa. Se giró sobre sí misma y contempló el recibidor, que se encontraba en total calma, hasta que el sonido

de los golpes se intensificó con fuerza. Le pareció realmente extraño que, fuera quien fuese, no tocase el timbre y pensó que había sido una suerte que se encontrase en el pasillo en aquellos instantes para poder escucharlo.

Abrió la puerta con parsimonia y con una sonrisa de oreja a oreja, esperando encontrar a alguno de los socios de Elías. Para su sorpresa, una mujer andrajosa, nativa, con un bebé en brazos esperaba con nerviosismo.

— Debo hablar ahora mismito con el señor Castro.

Julia observó las ojeras marcadas que lucían su rostro, mientras la mujer daba pequeños saltitos con el niño en brazos.

— Ahora mismo se encuentra en una reunión — explicó ella, sin poder evitar preguntarse quién demonios sería aquella señora y qué querría de Elías.

— No me importa — cortó con nerviosismo — debo hablar con Don Castro... ¡es de suma importancia que hable con él!

La señora parecía encontrarse a punto de sufrir un ataque de ansiedad y Julia no supo qué responderle.

Elías llevaba todo el día encerrado en sala de reuniones y le había pedido, expresamente, que aquel día no se le molestase. La única premisa que le había dado era que recibiese, de su parte, a su cliente y lo guiase hasta la sala.

— Quizás pueda ayudarla yo... — musitó Julia, encogiéndose de hombros.

No quería molestarle, pero era evidente que aquella mujer se encontraba en un estado grave de nerviosismo y que fuera cual fuese el asunto a tratar, no mentía; era de importancia.

— ¡No! ¡No, no, no! — gritó, provocando el repentino llanto del bebé que llevaba en brazos — ¡¡Debo hablar con Don Castro ahora mismo!!

Carlos apareció tras Julia, alertado por los gritos de histerismo. En cuanto vio a la señora, su rostro palideció dos tonos y se lanzó contra ella.

— ¡Fuera de aquí ahora mismo, no me obligue a sacarla a fuerza! — amenazó, mientras sacaba su walkie-talkie para contactar con el personal de seguridad de la mansión — ¿Cómo entró hasta aquí, neta? — inquirió, volviéndose

hacia Julia.

Julia se hizo a un lado, mientras los llantos del bebé y los gritos de la mujer inundaban el ambiente.

— ¡Lo habéis matado, asesinos! ¡Lo habéis matado! — gritaba, a pleno pulmón.

Carlos la arrastraba de un brazo hacia el portón, pero ella no dejaba de gritar y llorar, mezclando sus berridos con los de su hijito.

Julia, con el corazón en un puño, no podía apartar los ojos de la escena mientras la dureza de Carlos y la frase de la mujer se grababan profundamente en sus recuerdos: asesinos. Había querido hablar con Elías y después los había llamado asesinos. ¿Por qué? ¿Qué era lo que sucedía?

Diez minutos después, los llantos del bebé se habían extinguido pero Julia seguía reproduciéndolos con total claridad en su cabeza. Elías continuaba en la reunión y Carlos no había regresado. Sentía que, de alguna manera, tenía que haber intentado ayudar a aquella mujer y no lo había hecho. ¿Qué podía haber hecho Elías contra aquella familia?

Cuando Elías salió de la sala de reuniones, despidió a su acompañante sin dirigirse a Julia y subió al dormitorio en silencio, sumido en un profundo trance.

— ¿No me vas a contar qué es lo que está pasando? — murmuró en voz baja, mientras le seguía escaleras arriba.

El se detuvo en seco en mitad del pasillo y la examinó con el rostro bañado en cansancio.

— No está siendo un día fácil...

— ¿Quién era ella?

Aunque Elías no había estado presente, Julia estaba totalmente convencida de que Carlos ya le había puesto al tanto de los últimos sucesos.

— ¿A dónde se la han llevado? ¿Y por qué os ha llamado asesinos?

Él se giró sobre sí mismo y se detuvo para observar a Julia. Hacía poco tiempo que se conocían, pero aquellas últimas semanas que habían vivido juntos habían sido tan intensas que Julia pensaba que, en muy poco tiempo, era capaz de distinguir todos los estados de ánimo que Elías sufría. Envalentada, clavó la mirada en sus pupilas y mantuvo el contacto visual, furiosa, esperando alguna clase de explicación. Elías expulsó con lentitud el aire que contenían sus pulmones y realizó un leve gesto de rendición con su mano, antes de darla la espalda.

— ¿No me vas a responder? — preguntó, anonadada.

Estaba harta de las mentiras, de que todo el mundo intentara ocultarle los sucesos que tenían lugar a su alrededor. Aquella misma actitud la había visto cuando Alejandro había intentado “escaquearse” de una discusión o de una explicación, y ahora... ¿Es que todos los hombres de ese mundo eran iguales? ¿Elías también era como él?

Decepcionada pero totalmente convencida de querer la explicación, caminó detrás de él aún con el llanto del bebé resonando en su cabeza.

— ¿Eres un asesino? — preguntó con un hilillo de voz.

Desde luego, sabía que Elías era una buena persona y que jamás habría podido hacerle daño a nadie pero... ¿Por qué entonces había utilizado la mujer aquel adjetivo hacia él?

Elías se detuvo de nuevo pero no se giró hacia ella.

— ¿Tú qué crees? — preguntó con la voz apagada y derrotada, antes de encerrarse de un portazo en la habitación de los invitados.

# 14

Julia notaba la rabia crecer desmesuradamente en su interior. Abrió la maleta de par en par sobre la cama y comenzó a tirar la ropa desdoblada en su interior...

En muy poco tiempo, su armario había crecido notoriamente y no sabía qué era lo que le convenía llevarse y qué no. La mayoría de aquella lujosa ropa se había comprado Elías, así que consideró oportuno dejarla donde se encontraba. No quería nada él, desde luego, podía valérselas por sí misma.

Cerró la maleta y se sentó en la cama junto a ella. Era consciente de que su forma de actuar estaba resultando precipitada, que antes de marcharse debería intentar volver a hablar con Elías pero... ¿Acaso no lo había intentando? ¿Acaso no merecía una total y completa sinceridad? Adentrándose en esa relación, no solo había dejado atrás su país y su familia, había dejado atrás todo lo que conocía...

Aceptar la invitación de Elías de vivir con él había sido un salto al vacío, una decisión arriesgada, insensata, inmadura y tan precipitada como hacer la maleta de buenas a primeras. No quería marcharse, evidentemente. No quería marcharse porque se había enamorado de aquel lugar, de aquella vida y de aquel hombre... Pero sabía que no podría soportar más secretos en su vida, más mentiras.

Agarró la maleta del asa y salió de la habitación hecha una furia. Algo en su interior le pedía a gritos que se detuviera y se quedara dónde estaba, que esperase un día o dos y que tarde o temprano Elías terminaría hablando con ella, pero acalló la voz de su interior y caminó decidida hacia la puerta



principal, rezando porque él apareciese en cualquier instante para detenerle el paso y suplicarle que se quedara, que no se marchase.

Julia había visto la crueldad con la que Carlos había tratado a aquella mujer, el espanto que habían reflejado su mirada y el dolor y angustia que se habían marcado en las pronunciadas ojeras de su rostro. Ella le había abierto la puerta y había sido presente de cómo se la había tratado pero... No merecía una explicación porque, al fin de cuentas, no era nadie y aquel no era su verdadero hogar.

Cuando se encontró en el jardín, se dio cuenta de lo perdida que estaba. No tenía vehículo propio, ni si quiera teléfono móvil. El iPhone de última generación que llevaba en el bolsillo había sido un regalo de Elías y, cuando había necesitado conducir para hacer algún recado, siempre había dispuesto de alguno de los coches de él.

Caminó hacia el frente, con la vista clavada en la verja principal, el traqueteo de la maleta tras ella y el puño apretado alrededor del mago de agarre, liberando su furia. Con la cabeza a mil vueltas, aceleró el paso para alcanzar la salida. ¿Qué estaba haciendo?, se preguntaba, una y otra vez. ¿De verdad quería eso? ¿Se estaba marchando? ¿Cómo era posible que con Alejandro hubiese dispuesto de tantísima paciencia y que con Elías se comportara así a la primera de cambio? Por una parte, nadie había sido testigo de su estrepitosa y repentina huída y aún se encontraba a tiempo de regresar a la mansión y que todo aquello quedase así pero...

— ¿Julia? — preguntó Carlos, que corría hacia ella — ¿Julia?!

Ella se detuvo unos instantes para observarle antes de reanudar la marcha sin responderle.

— ¡Julia, espérese ahí!

Cuando Carlos la alcanzó, se le había formado una película de sudor sobre la frente y respiraba dificultosamente.

— ¿Qué se supone que está haciendo?

Ella sacudió la cabeza.

— Me marcho de aquí, Carlos.

Él, con la mirada entrecerrada, dudó. Continuó caminando junto a ella mientras intentaba ordenar en sus pensamientos qué era lo que sucedía.

— ¿Lo sabe Elías?

Julia no respondió.

Sabía que Carlos no era un mal tipo. Aunque al principio no había resultado de su agrado, debía admitir que con el paso de los días se había tornado un buen amigo e incluso confidente. En los recados que había hecho junto a él, Julia le había hablado de España, de Marina e incluso de Alejandro, convirtiéndolo así en su repentino confidente y en su único amigo.

— Espere, por favor...

Suplicó, sin detener el ritmo.

La confusión en su rostro era patente.

Carlos sacó el walkie – talkie con la clara intención de contactar con su amigo y jefe, Elías, pero Julia sabía que no le respondería. Aunque todos llevaban siempre encima aquellos trastos, le había visto a Elías entrar en la habitación de invitados sin él. En la cintura, llevaba un pequeño plástico para colocárselo que, en aquella ocasión, había observado vacío.

Probó a contactar con él tres veces seguidas, justo en el instante en que alcanzaban el portón principal. Se quedaron mirándose en silencio, con una extraña tensión en el aire.

— ¿No vas a dejarme salir?

Él dudó.

No podía retener a la mujer en contra de su voluntad pero... ¿Cómo se lo explicaría a Elías después?

— Ábranle la puerta — ordenó con tono autoritario y seco a los guardias de la verja.

Instantáneamente, la verja comenzó a moverse hacia la derecha y Julia pasó

por el estrecho hacia el exterior, sintiéndose realmente extraña.

Echó a caminar sin volverse atrás, siendo consciente de que era la primera vez que se encaminaba sola por aquellos lares y repitiéndose la voz de Elías en su cabeza mientras la obligaba a prometerle que jamás saldría sin protección o acompañante de la mansión.

— Las calles no son un lugar seguro para ti...

Suspiró hondo al recordar su excesiva protección mientras se dirigía a la parada de bus.

No sabía qué sería de ella, pero era evidente que su vida había tomado un nuevo giro y que debía comenzar por recuperar las riendas de la situación. Y para ello necesitaría encontrarse en España, necesitaba regresar a casa.

Cuando el taxista se detuvo frente a ella, Julia cargó las maletas y murmuró que, por favor, la llevase hasta el aeropuerto.

No era una niña y tampoco era estúpida.

Julia era una mujer lo suficiente inteligente para comprender cuando las mentiras eran evidentes. Aunque con Elías las había captado desde un principio, había intentado engañarse a sí misma porque, después de la decepción de Alejandro, después de que toda su vida se hubiese visto destruida, había necesitado creer que la suerte por fin había decidido visitarla con una sonrisa. Pero como no, el destino había decidido tener otros planes diferentes para ella.

Desconocía mayormente el trabajo que realizaban los “asesores” de empresas, pero podía asegurar que la fortuna y el nivel de vida que Elías llevaba no eran propios de ningún salario o autónomo al uso, por mucho que cobrase. Tampoco sabía cuánta fortuna había heredado de su padre, pero era evidente que algo más le ocultaba y aquella mujer había reafirmado sus sospechas...

El taxi se detuvo en un semáforo en rojo y Julia observó a la muchedumbre que caminaba distraída por las aceras, absorta y ajena al mundo que se extendía a su alrededor. El teléfono móvil de Julia comenzó a vibrar en su bolsillo justo en el instante en el que la luz cambiaba de color al verde y el vehículo retomaba la marcha. Ella lo sacó, contempló el nombre de Elías en la pantalla y pulsó el botón de “modo silencioso” para detener la molesta vibración del aparato. Sabía que volvería a llamar y que no se rendiría tan fácilmente, así

que decidió guardar el teléfono en el bolso para evitar la tentación de responderle. Sabía perfectamente que con Elías era débil y que, si insistía, terminaría cediendo completamente a él.

Prácticamente habían alcanzado la autopista al aeropuerto cuando el teléfono del taxista comenzó a sonar. Imitando los actos anteriores de ella, él lo ignoró y continuó la marcha hasta que, al ver que no se rendían con la llamada, se detuvo en el arcén.

— Ahorita mismo continuamos, señora — prometió — , debe ser importante porque se trata de mi jefe...

Nada más observar cómo el taxímetro continuaba en marcha, sintió deseos de protestar, pero el conductor abandonó su asiento y salió al exterior mientras respondía la llamada.

Julia suspiró agotada y pensó que, desde luego aquel no era su día.

El conductor tardó más de quince minutos en regresar y cuando lo hizo, parecía pálido y desvalido. Paró el taxímetro de la misma y se giró hacia Julia.

— Señora, tengo una emergencia que no puedo dejar aparcada pero enseguidita la llevaré al aeropuerto, se lo prometo.

— ¿Perdona? — musitó ella, extrañada y sin entender nada, mientras el taxi se disponía a realizar un cambio de sentido en la dirección.

— Desde luego que el viajecito es gratis, señora, usted no se preocupe por la plata...

Suspiró hondo y se hundió en el asiento, siendo consciente de que, por mucho que le discutiera, no llegaría a ningún lugar. Lo mejor era amoldarse a todo aquello que estaba por venir y pensar en positivo: al menos, el viaje le saldría gratis. Cosa que no le iba nada mal visto que los pesos mexicanos de los que disponía ni siquiera los había ganado ella, si no Elías. Se había marchado sin casi dinero encima aunque podía haberse llevado tanto como hubiera querido.

Cinco minutos después, se dio cuenta de que estaban desandando por completo el camino que habían realizado y, diez minutos después, cuando el taxi se

encaminó por la carretera semi-asfaltada que subía a la mansión de Elías, Julia sospechó que aquello de la emergencia no era más que un bulo y que tan sólo se trataba de una artimaña de él. ¿Cómo era posible que Elías hubiese sabido dónde se encontraba? ¿Cómo había conocido el número de teléfono del taxista? Negó con la cabeza, pensando que, seguramente, todo sería una terrible casualidad y en menos de una hora se encontraría en el aeropuerto.

El taxi se detuvo justo en frente de la verja y Carlos apareció junto al vehículo en el preciso momento en el que Julia fulminaba con una mirada asesina al conductor.

— Muchas gracias por sus servicios — le dijo en todo mordaz, mientras abandonada el asiento y salía al exterior.

También fulminó a Carlos con la mirada, aunque en su rostro era patente del poco agrado que le resultaba actuar así.

Julia sacó el equipaje del maletero y contempló cómo el taxi se alejaba en una nube de humo sendero arriba.

— Lo siento, Julia — musitó en voz baja.

Ella negó furiosa, mientras se preguntaba por qué narices tenía Elías que comportarse de aquella manera tan controladora y... psicópata.

— ¿Dónde está? — inquirió ella, rabiosa.

Carlos se acercó hasta la mujer y agarró la maleta, justo antes de traspasar la verja y señalarle el quad a Julia, indicándole que tomara asiento.

Los alrededores de la mansión eran tan grandes, que en muchas ocasiones se movían a través de los jardines en aquellos trastos de cuatro ruedas. Otras veces utilizaban los carritos del campo de golf — también disponía de campo de golf, de un hangar y de una pista de tenis — .

Julia tomó asiento y no pronunció ni una sola palabra, mientras Carlos alcanzaba las escaleras principales de la mansión.

Divisó a Elías allí parado, impávido, con el rostro impreso en una mueca de enfado y desagrado.

Julia saltó del quad y caminó al frente, encarándose a él.

— ¿Pero se puede saber qué demonios pasa contigo? — le gritó, enfurecida  
— . ¿Quién te narices crees que eres para obligarme a actuar como tú quieras?  
¿Y cómo demonios sabías dónde me encontraba?

Él, sin mostrar ni un ápice de arrepentimiento, señaló el bolso de Julia.

— El teléfono móvil tiene GPS y yo tengo muchos contactos.

— ¿De verdad? ¡Esto es increíble! — exclamó — ¡No me lo puedo creer!

Estaba claro que no podía marcharse de buenas a primeras así que, en lugar de continuar allí plantada, pasó de largo empujando levemente a Elías para introducirse en la mansión.

Sin pensarlo dos veces, se dirigió hacia el dormitorio principal y echó el pestillo, justo antes de dejarse caer sobre la cama.

Tenía ganas de llorar, aunque ni siquiera comprendía muy bien las razones que la habían llevado a tal angustia. Escuchó unos pasos en el exterior y pensó que en cualquier momento Elías llamaría a la puerta, pero no sucedió.

Quince minutos después, con el rostro cubierto de lagrimones, se quedó dormida.

# 16

Abrió los ojos con lentitud y se sorprendió al comprobar que la oscuridad ya había teñido todo de negro. Encendió la lámpara de la mesilla y se quedó varios instantes absorta, contemplando las titilantes estrellas que fulguraban en el cielo.

En México, todo parecía menos contaminado y más salvaje que en España, y aquello le encantaba. Ni siquiera de niña, en aquellos largos veranos en los que su familia había ido de acampada a Galicia había podido divisar el firmamento de aquella manera tan espectacular.

Escuchó unos golpecitos en la puerta y se dirigió hacia ella, arrastrando un pie detrás de otro. Estaba adormecida y aún continuaba un poco enfadada cuando desató el pestillo. Tras el umbral, apareció Elías.

Se quedaron observándose en silencio, sin decir nada. Julia se percató de la mala cara que tenía aquel día, como si el cansancio le estuviera pasando una cargada factura sobre los hombros. Él sonrió levemente y Julia no pudo evitar responderle con el mismo gesto.

— Lo siento — musitó en un hilillo de voz — , he tenido muy mal día...

Ella negó.

— No es excusa, no me sirve.

— Lo sé, pero es la verdad — aseguró.

Julia le pareció que era totalmente sincero con ella.



— Déjame compensártelo, por favor.

— Quiero una explicación, Elías... La necesito.

Él asintió con solemnidad antes de responderle, sujetando la mano de Julia entre las suyas.

— La tendrás, pero primero déjame compensártelo, ¿vale? — suplicó, sin borrar la leve sonrisa de la comisura de sus labios — . Por favor.

Al final, cedió.

— Está bien, vale...

— Ponte uno de esos vestidos espectaculares y déjame que te invite a cenar, ¿vale? — dijo, justo antes de atraer su rostro hacia él para besarla.

Julia, totalmente desarmada — como siempre si se trataba de Elías — asintió en el mismo instante en el que él liberaba su mano y se daba la vuelta hacia el pasillo.

Cuando se quedó sola, se recriminó a sí misma lo poco decidida que podía ser a veces, pero agradeció que las cosas entre ellos se hubiesen arreglado y que todo continuase hacia adelante. Agradeció también la promesa de la explicación, la cual esperaba impaciente y rezaba porque fuera lo suficiente creíble y buena para calmar sus preocupaciones.

Se dio una ducha rápida y enroscó su cuerpo en la toalla antes de dirigirse al armario. Aunque aún no había deshecho la maleta, se plantó frente al armario y tanteó entre las tantísimas prendas que quedaban en su interior. Escogió un vestido rojo con la espalda al descubierto que sabía que a Elías le encantaba y sacó la lencería de encaje negro. Colocó todo sobre la cama y se deshizo de la toalla, quedando completamente desnuda frente al espejo. Había recuperado un par de kilos, pero aún se veía bien consigo misma. Ató su cabello en la nuca, en un recogido desenfadado que dejaba caer un par de mechones sobre sus hombros y después se colocó ambas perlas en las orejas.

Tras vestirse y pintarse los labios de color carmín, se miró en el espejo y se dio el visto bueno. Sencilla, pero elegante a su vez.

Cuando bajó al recibidor encontró a Elías allí, vestido con un traje un poco menos informal que los habituales, mientras se tomaba una copa de whisky sin hielos. Le hizo una seña con la mano para que se acercara hasta él y Julia obedeció y caminó en su dirección. Notaba la mirada penetrante de Elías recorriendo su cuerpo y una extraña sensación de electricidad que los conectaba entre la distancia. Se preguntó si aquella excitación que se formaba entre sus cuerpos duraría eternamente o sería producto de la novedad y de la pasión de los primeros meses. Si debía ser sincera, no recordaba haberla sentido jamás con Alejandro.

Ella tomó asiento y él le ofreció la copa.

— No, gracias — murmuró.

Aunque se estaba aficionando a los *shot* de tequila, aún se sentía incapaz de beber whisky tal cual, sin siquiera un hielo que rebajase su ardor.

— Quiero disculparme por mi comportamiento — dijo, mientras se levantaba hacia el minibar.

— Ya lo has hecho — señaló ella, con los ojos clavados en su espalda.

— Sí, pero quiero volver a hacerlo.

Elías cogió un paquete rectangular del mueble y se acercó con paso lento hacia ella. Antes de sentarse, lo colocó sobre su regazo y la incentivó con un gesto en la mirada para que lo abriese. Estaba envuelto en un papel de seda dorado que a Julia le pareció precioso. Lo abrió con cuidado, temiendo romper aquel papel tan delicado y bonito, y encontró en su interior una caja que contenía un par de guantes negros de vestir que estaban sellados con las iniciales de una marca italiana muy cara.

Se colocó los guantes y se levantó del asiento, dando una vuelta sobre su propio eje para mostrarle qué tal quedaban en conjunto con su vestido. Él alzó las cejas y pronunció un insonoro “guau” con los labios, provocándole una sonrisa nerviosa a Julia. Se levantó con parsimonia, dejando de lado en whisky sobre la mesa, y se acercó a ella para poder atraer su cintura hacia él.

— Eres lo más hermoso que han visto mis ojos jamás — musitó, mientras

apretaba su cuerpo contra ella y las manos traviesas recorrían su espalda.

Julia notó un escalofrío recorrer su cuerpo y, como la vez anterior, una extraña sensación de electricidad que la conectaba a Elías.

En el fondo, quería comportarse de una manera diferente y ser más dura, fuerte y segura... Pero en cuanto él se acercaba a ella, todas las barreras interiores que poseía se derrumbaban como montañas de naipes.

— No digas tonterías — respondió, aún con las mejillas sonrojadas.

Elías hundió la nariz en su cuello y aspiró el aroma del perfume que le había regalado unos días atrás. Siempre le había encantado aquel olor tan peculiar que le recordaba a su madre. Nunca había estado totalmente seguro de que aquel fuera el perfume que usaba, pero era el olor más parecido que había sido capaz de encontrar y había querido regalárselo a Julia.

Le besó con suavidad el cuello y ascendió lentamente hasta llegar a la comisura de su boca. Apoyó los labios contra los suyos, sin presionar si quiera. Notó el cuerpo de la mujer que tenía entre los brazos tensarse y supo que había logrado crear en ella la reacción que deseaba.

— Vámonos, o no nos darán de cenar... — murmuró en voz baja mientras rozaba con suavidad sus labios con la lengua.

Julia se apartó unos pasos, deshaciéndose del hechizo que Elías había formado sobre ella. Pestañeó repetidas veces y regresó a la realidad.

— Vámonos — aceptó, mientras se encaminaba hacia el portón principal.

Observó, impresionada, la carpa blanquecina que se alzaba impetuosa sobre ellos. El coche les había dejado unos metros antes de llegar al camino y, desde tanta lejanía, no había sido capaz de adivinar a dónde la llevaba Elías.

Según se iban acercando más, la impresión y la consternación fueron en aumento. Sobre la arena de Playa del Carmen, flotaba una plataforma de madera cubierta por una enorme carpa blanca. Habían colocado una mesa en mitad de la plataforma, decorada con flores y muchísimas velas. Un par de antorchas iluminaban tímidamente el ambiente y en una de las esquinas esperaban dos camareros junto a una parrilla.

— ¡Madre mía...!

No podía creer que Elías hubiese organizado todo aquello para ella; aunque después de las anteriores sorpresas que había recibido de él, ¿por qué se sorprendía? Por mucho que intentase acostumbrarse a aquella vida, Julia no lograba entender el derroche de dinero que la rodeaba ni cómo podía permitírselo.

Pasaron al interior de la plataforma y Elías retiró la silla para que ella se sentase. Después rodeó la mesa y tomó asiento frente a ella.

El sonido del oleaje envolvía el ambiente creando un efecto mágico sobre él. Julia observó su alrededor; la playa estaba cubierta por una espesa manta negra y la oscuridad no permitía observar el mar o la arena que les rodeaba. Se conformó con escucharlo, adivinando que tan sólo estarían a unos metros

de la orilla. A lo lejos, vislumbró el camino por el que habían accedido a la plataforma, rodeado de palmera, y no pudo evitar sentir que todo aquello pertenecía a un sueño del que tarde o temprano tendría que despertarse.

Mientras se quitaba los guantes que tan sólo hacía unas horas Elías le había regalado, se le encogió el corazón.

— ¿Te gusta? — preguntó él, sorprendido, al notar su repentina angustia.

Ella asintió en silencio.

— ¿Por qué has hecho esto?

Elías dudó, sin comprender muy bien a qué se refería con aquella pregunta. ¿Acaso no era de su agrado?

— Quería disculparme contigo, compensártelo.

Julia no respondió.

Cerró los ojos y dejó que el sonido del mar la envolviera.

— Me encanta — confesó al fin, pasados varios segundos.

Elías indicó a uno de los camareros que les sirviera un par de copas de vino tinto con un gesto de la mano. De mientras, el otro camarero encendía la parrilla y ponía sobre ella la carne y la verdura que cenarían.

La cena, como era de esperar, transcurrió con completa normalidad y tranquilidad. Mientras disfrutaban del sabor del vino y de la carne, hablaban sobre México, España y qué era lo que esperaban tener en el futuro.

— ¿Te gustaría tener una familia? — preguntó Elías, pillando desprevenida a Julia.

Aunque siempre había querido ser madre, cuanto más tiempo pasaba, más rápido desechaba la idea. En muy pocos años había aprendido que la vida daba muchas vueltas y que a veces, aquel mundo y aquella nueva y moderna sociedad, era inadecuada para criar a un niño. Rememoró la época de sus abuelos y pensó que los matrimonios de aquellos últimos años no tenían nada que ver con los de entonces.

Cierto era que Julia creía en el divorcio y era evidente que todo el mundo podía cometer errores y equivocarse pero... ¿Cuántos niños conocía que se estuvieran criando en familias rotas?

— No lo sé, quién sabe — respondió, al fin.

Él asintió con la cabeza, procesando su respuesta y procurando interpretarla correctamente.

— ¿Tú quieres hijos? — inquirió, dubitativa aún.

— Sí, los quiero. Ha habido años de mi vida en los que no me he visto capacitado para ser padre, pero cuanto más tiempo pasa, más deseo formar una familia... Creo que ese deseo se ha potenciado desde que tú has aparecido en mi vida — murmuró, mientras alargaba su brazo para colocar la mano sobre la suya.

Julia sonrió y pensó que era imposible no enamorarse de él. De pronto, recordó la mujer con el bebé, los gritos y las palabras de ésta. También recordó que Elías le había prometido una explicación y que entre el regalo y la sorpresa, se había olvidado de volver a pedírsela. Además, la velada se estaba desarrollando perfectamente y una parte de ella sentía temor de estropearla si preguntaba al respecto.

— ¿Qué ocurre? — preguntó Elías que, como siempre, podía leer sus reacciones como si Julia fuera un libro abierto.

— No ocurre nada... — respondió, insegura — . Es sólo que me gustaría poder escuchar cuanto antes la explicación que me habías prometido...

Sus palabras habían sonado con mayor dureza de la pretendida.

Elías se tensó y apretó la mandíbula, conteniéndose.

— ¿No podemos dejarlo para otro momento?

Ella negó.

Había imaginado que la respuesta sería aquella y no estaba segura de si estropear así la noche merecía la pena, pero algo en su interior la estaba carcomiendo y necesitaba escuchar qué era lo que había sucedido.

Él suspiró hondo y cruzó los brazos sobre la mesa.

— Hay poco que contar, Julia — comenzó, procurando ordenar sus ideas — . No todos los consejos que reciben mis clientes son acertados y, aunque procuro hacer bien mi trabajo, en más de una ocasión fallo. Hay decisiones que tomo y que aconsejo que pueden llevar a... provocar accidentes.

Guardó silencio, sopesando la reacción de ella para comprobar si con aquella leve explicación iba ser suficiente. Julia le examinaba con las cejas arqueadas, sin mediar palabra, esperando a que él continuase.

Al ver que no hablaba, intervino.

— No entiendo. Tendrás que explicármelo mejor.

Él suspiró profundamente.

— Bajo mi responsabilidad, esas empresas, mueven mucho, muchísimo dinero. Estamos hablando de cantidades que no puedes llegar a imaginar y yo soy el encargado de que la distribución y el manejo sea el adecuado. Yo les aconsejé las decisiones que me parecen más acertadas y ellos escogen qué camino deben seguir; si hacerme caso a mí o continuar por su propios medios...

Elías volvió a guardar silencio, con la mirada perdida en algún lugar muy lejano.

Cuando recuperó el habla, Julia pensó que hablaba consigo mismo y que había dejado de prestarla atención.

— No siempre sale bien..., a veces, las cosas se tuercen de manera imprevista y las consecuencias resultan garrafales... Pero hay que arriesgar, sí... Hay que arriesgar para ganar...

— ¿Elías? — preguntó Julia, distrayéndolo de sus pensamientos — . Sigo sin entender por qué aquella mujer pensaba que tú eras un asesino.

— ¿Cómo?

— Sí, aquella mujer dijo que eráis unos asesinos. ¿Por qué?

Aquella pregunta parecía haberle cogido por sorpresa.

Tras pensar unos segundos la respuesta, continuó.

— La semana pasada el marido de esa mujer entró en banca rota por tomar una decisión que yo le recomendé — murmuró, distraído — , y después se suicidó.

Ella se llevó las manos a la boca y ahogó un grito de asombro.

Aunque sentía curiosidad por ahondar más en el tema, el rostro descompuesto de Elías le indicó que no era el momento. Julia evitó el tema el resto de la noche, pero algo en su interior le gritaba a voces que aquello no era todo, que había mucho más detrás que le estaba ocultando.

Aún así, cuando observó el semblante dolorido de Elías, no pudo evitar levantarse para estrecharlo entre sus brazos, culpable por haber insistido en sacar aquel tema cuando la noche estaba siendo perfecta.

Cuando terminaron con la cena y el vino, Julia propuso dar un paseo por la playa y Elías aceptó, un tanto mal humorado.

— ¿No quieres mancharte el traje de Armani? — se burló Julia, mientras se descalzaba y anudaba el vestido, para no arrastrarlo por la arena.

Elías le devolvió una sonrisa y la imitó, quitándose los zapatos y los calcetines.

A pesar de las altas horas de la noche, Julia no sentía ni un ápice de frío. Hundió los pies en la arena y notó el calor que había retenido a lo largo del día. Elías apareció tras ella y rodeó su cintura, antes de echar a caminar hacia la orilla.

Cuando Julia le observó con los bajos del pantalón doblados hacia arriba, no pudo evitar soltar una estrepitosa carcajada.

— Ni se te ocurra decir nada — amenazó él, sonriente, mientras hundía fervientemente los labios contra los suyos.

Entre sonrisas, apretones de mano y caricias, los minutos fueron pasando con rapidez y cuando quisieron darse cuenta, ya llevaban caminando prácticamente una hora y media. Julia se dio la vuelta y propuso que comenzaran el trayecto de regreso y Elías estuvo de acuerdo. No habían caminado dos metros, cuando



el primer rayo iluminó el cielo, seguido del sonido estremecedor de un trueno.

— ¡Oh, no! — exclamó Elías.

Julia se giró hacia él.

— ¿Qué ocurre?

— Viene una tormenta... — murmuró, con gesto de preocupación.

Mientras aceleraban el paso y rezaban por alcanzar la carpa antes de que las nubes descargasen su furia, Elías le explicaba que allí las tormentas no se parecían en nada a las que tenían en España. Tan rápido como llegaban, se marchaban, pero no sin antes descargar sobre ellos todo lo que contenían.

Un minuto después, la lluvia les había alcanzado y se encontraban hundidos de pies a cabeza. Los rayos iluminaban el cielo y la playa, que hasta entonces se había encontrado sumergida en las tinieblas.

Julia se detuvo en seco, tirando repentinamente del brazo de Elías. Él se giró para observarla; tenía la mirada clavada en el cielo y contemplaba boquiabierto la tormenta de relámpagos que estaba teniendo lugar sobre ellos.

En aquel instante, Elías supo que jamás olvidaría aquella imagen de Julia, hundida de pies a cabeza, sonriente y feliz contemplando el cielo y la naturaleza, iluminada levemente.

Acarició su rostro con la mano delicadamente y Julia bajó la mirada hacia él, clavando sus pupilas en sus ojos castaños. Elías volvió a rodear su cuerpo por la cintura y la atrajo a él, mientras escuchaba la risita juguetona de Julia perderse en el abrazo. Estaba empapada y su sensual figura se marcaba por debajo del fino vestido que llevaba. Sus pezones hinchados podían adivinarse tras la tela del escote. Elías se estremeció en el mismo instante en el que comenzaba a desabrocharse la camisa. Se la quitó con lentitud y la tiró sobre la arena.

Julia observó su torso moreno, varonil y musculado. Recorrió los duros pectorales de Elías con la mano, mientras la lluvia continuaba cayendo sobre ellos y provocaba que su piel resbalase bajo las caricias. Él rodeó su cintura y bajó la cremallera del vestido. Notó la respiración entrecortada de Julia,

sucumbiendo a la sensualidad y la pasión de aquel instante. Sin pensárselo mucho, se desabrochó el cinturón y el pantalón y dejó caer ambas prendas sobre la arena. Julia le imitó, deshaciéndose de los tirantes que tenía en los hombros y dejando caer el vestido. Contemplaron sus cuerpos mojados, desnudos, antes de fundirse en un pasional beso.

Elías comenzó a recorrer con impaciencia la piel de Julia, entreteniéndose con un leve masaje sobre sus pechos. Sin esperarlo, ella se agachó y se arrodilló en la arena para poder acariciar y saborear el duro miembro de Elías. Julia se entretuvo varios minutos succionando y chupando su húmedo pene, mientras notaba cómo su glande se hinchaba lentamente.

Impaciente, Elías la agarró del brazo y la tiró al suelo, dispuesto a colocarse sobre ella. El agua sobre ellos, el sonido del mar, la playa, la tormenta y los truenos sobre sus cabezas habían potenciado la excitación que sentían y Julia se veía incapaz de contenerse. Cuando el cuerpo grande y musculoso de Elías se colocó sobre ella, apretó las piernas a su alrededor y elevó su cuerpo en busca de él. Notó su erecto pene clavarse en su interior y escrutó el rostro deseoso de Elías.

Sin esperar sus movimientos, comenzó a impulsarse con las piernas para hundirse en él, entrando y saliendo con impaciencia. Rodeó la espalda fuerte de Elías y clavó las uñas en ella cuando el placer la sobrepasó.

Él se apartó bruscamente en el preciso instante en el que otro relámpago los iluminaba.

— Date la vuelta — le pidió.

Ella obedeció y se giró, colocándose de rodillas, con la espalda arqueada prácticamente rozando el suelo.

Notó el calor que emanaba el cuerpo de Elías mientras éste se colocaba tras su trasero y comenzaba las embestidas, con la mano derecha presionando su espalda contra el suelo. Julia notaba su fuerza y su dureza mientras los pezones se rozaban levemente contra la húmeda arena, obligándola a que se estremeciera de placer.

El continuó entrando y saliendo, más fuerte, más y más fuerte, más rápido,

hasta que ambos alcanzaron el orgasmo en el mismo instante en el que la tormenta tropical se extinguía.

Antes de vestirse, se introdujeron en las calmadas y templadas aguas del Caribe para retirarse la arena que se les había quedado pegada al cuerpo.

Elías se abrazó a ella y ambos se permitieron alargar el baño varios minutos, mientras contemplaban cómo el firmamento se despejaba en cuestión de tan sólo unos segundos, permitiéndoles a las titilantes estrellas volver a reinar sobre ellos.

El primer medio año que pasó en México prácticamente voló ante sus narices. Julia se había acostumbrado muy rápido a aquella vida, aunque no podía negarse a sí misma que de vez en cuando extrañaba España y, sobre todo, Madrid.

México tenía sus cosas buenas, pero sin duda Elías era un incentivo demasiado importante a la hora de tomar decisiones.

Aunque marzo había llegado repleto de promesas entre ellos, aquellos meses Elías resultó tener más trabajo que nunca y Julia comenzó a plantearse qué era lo que debía hacer con su vida para matar las tantísimas horas libres que tenía.

Había intentado encontrar trabajo en más de una ocasión, pero sospechaba que la gran influencia de Elías intervenía a la hora de que alguien le concediera una oportunidad. Era evidente que la clara intención que tenía su novio era la de mantenerla en casa encerrada — a diferencia de Elías, a Julia le importaba muy poco aquel cuento chino de la protección y la seguridad —, así que cuando Marina le propuso que organizase las jornadas y subastas benéficas de la sede que tenía su empresa allí, en México, no lo dudó ni un instante y aceptó. Aunque a Elías no le había hecho mucha gracia, parecía haberlo aceptado lo mejor que pudo.

Las cosas entre ellos marchaban viento en popa y su familia se había acostumbrado y hecho a la idea de la nueva vida que había tomado. El sueño en el que sentía que constantemente que estaba sumergida, no hacía otra cosa que mejor. Entre tanto lujo, joyas, vestidos, libros y buenas cenas, Julia tenía la sensación de que por fin el mundo había decidido sonreírle de una vez por todas regalándole un poco de buena suerte.

Carlos paró el coche frente a la mansión y ella se bajó antes de que él le abriese la puerta. Odiaba que se la tratase como a una reina o una inválida.

— ¿Mañana a la misma hora, señora? — preguntó Carlos, mientras volvía a subirse en el coche.

Ella asintió justo antes de despedirse con un movimiento de la mano y observó cómo el todoterreno negro retomaba el camino de regreso por el que había venido.

Estaba agotada. Aquella tarde había participado en su primera jornada de recaudación de fondos y sentía que no podía con el peso de su cuerpo. A pesar de todo, merecía la pena tanto esfuerzo por el hecho de sentirse realizada y feliz consigo misma; útil. Todos los beneficios de la recaudación irían a la Universidad e Investigación de Oncología y Julia tenía la sensación de que había realizado un buen trabajo.

Entró por la puerta y gritó el nombre de Elías repetidamente, sin obtener respuesta. Dejó la fina chaqueta y el sombrero en el recibidor y caminó hasta el despacho, deduciendo instintivamente que estaría allí. Al encontrarlo vacío, decidió que lo mejor era subir al dormitorio e ir preparándose para la cena.

Aquel último mes había encontrado a su novio desbordado de trabajo. Elías siempre estaba reunido y si sus clientes no acudían a casa, era él quien debía salir corriendo cada día de reunión en reunión. A Julia no terminaba de gustarle todo aquello, sobre todo las personas tan peculiares y extrañas con las que se codeaba de vez en cuando Elías. Sí, la mayoría de sus clientes tenían pinta de ser muy, muy adinerados, pero los empleados que les acompañaban a las reuniones no parecían hechos de la misma pasta.

Mientras se desnudaba, le pareció atisbar un movimiento en el exterior y, protegida por una bata de seda, se acercó a la ventana. Vislumbró desde allí el hangar, donde Carlos y Elías mantenían una acalorada discusión. Julia abrió la ventana, pero desde tal lejanía no podía escuchar qué era lo que decían. Carlos hacía exagerados aspavientos junto al todoterreno negro y Elías señalaba la avioneta que había sacado del hangar.

No era la primera vez que se utilizaba la avioneta privada de Elías y no le

sorprendía que se encontrase fuera, aunque la escena en sí le parecía violenta y un tanto surrealista. Jamás había visto a Carlos y a Elías discutir de esa manera y nunca eran ellos los que realizaban los viajes por cielo — cosa que Julia agradecía muchísimo, así se evitaba una preocupación más — . Por lo general, cuando Elías tenía que realizar alguna gestión de trabajo que requería el desplazamiento en la avioneta, era Miguel el que se encargaba de realizar el viaje.

De pronto, la mirada de Elías chocó con la suya y Julia sintió cómo el corazón se le aceleraba. Aunque no estaba haciendo nada malo, no veía apropiado que figonease de esa manera tan vulgar a su novio.

Se apartó, sobresaltada, de la ventana y se encaminó al tocador para retirarse los pendientes de perla. Cuando se dirigió hacia el baño de la habitación, no pudo evitar desviar la mirada hacia el cristal. El todoterreno, conducido por Elías, se acercaba al jardín de la mansión; mientras tanto, Carlos subía en la avioneta.

Se metió en la ducha y colocó el mando de los grifos en posición horizontal, de manera que el agua cayera del techo de la ducha y el frío la envolviera. Necesitaba refrescarse y distraerse de la recaudación, pero aquella escena que había contemplado desde la ventana había calado hondo en su interior.

¿Qué había provocado aquella discusión entre los dos amigos? Se preguntó quién la llevaría mañana al trabajo... Si Carlos se marchaba de viaje, ¿en quién confiaría Elías su seguridad? Julia hacía tiempo que se había acostumbrado a esa manera sobreprotectora de actuar que tenía su novio, aunque seguía sin comprender las razones que lo impulsaban a actuar así.

Escuchó el sonido de la puerta de la habitación al cerrarse y un segundo después Elías entró en el cuarto de baño semidesnudo, con una toalla en la cintura.

— Hola, bella... — saludó, mientras se deshacía de la toalla y se introducía en la ducha.

Julia le recibió con un abrazo y colocó la cabeza sobre su pecho, relajándose.

— Hola, cariño — respondió ella, adormecida por el vaho que se iba

formando a su alrededor — . ¿Qué tal el día?

Él suspiró y Julia notó cómo su cuerpo se tensaba repentinamente.

— Mejor no hablemos de mi día — dijo, al final — . ¿Qué tal el tuyo?

— Bien, aunque muy agotador.

No quería preguntar qué era lo que había sucedido ahí fuera, pero sentía curiosidad y no podía quitárselo de la cabeza. Guardó silencio, esperando a que Elías le dijera algo, pero éste en cambio parecía tener otras intenciones. Sintió el dedo índice de la mano derecha de Elías descender lentamente por su espalda hasta alcanzar sus nalgas. Se introdujo entre ellas y continuó descendiendo para luego ascender, con suavidad, mientras respiraba roncamente en su oreja. Julia sonrió con ternura y decidió que, antes de dormir, ya se encargaría del interrogatorio correspondiente.

Notó su boca impaciente lamer su cuello y poco a poco bajar hasta sus pecho. Succionó un pezón y después el otro, mientras con una mano atraía su cuerpo a él y con la otra acariciaba su ya húmedo sexo. Mordisqueó un pezón y agarró su clítoris entre los dedos y tiró de él, provocándole a Julia un aullido de placer.

— ¡Oh, Elías...!

Descendió por su vientre, encadenando un beso detrás de otro hasta llegar a su sexo. Se arrodilló en el platillo de la ducha y colocó una pierna de Julia por encima de sus hombros, de manera que quedara totalmente expuesta y preparada para entregarse a él.

Comenzó a lamer y a succionar suavemente sus labios vaginales, retirándolos con la lengua mientras absorbía el exquisito sabor tan característico de Julia. Ella, que no podía resistir al placer, agarraba el cabello de Elías para evitar que parase y se alejase, mientras él continuaba succionando y chupando, volviéndola loca de placer.

— ¡Oh, sí, por favor...!

Él continuó lamiendo y pellizcando su clítoris suavemente entre los dientes, hasta que sintió cómo las piernas de Julia se tambaleaban sobre su cuerpo. Se

levantó sosteniéndola, con una sonrisa tonta en los labios.

Ella se lanzó sobre él y rodeó su cuello con las manos para poder besarlo intensamente, mientras Elías agarraba el muslo de Julia y levantaba su pierna, abriéndose paso a su sexo para poder embestirla mientras el beso perduraba y se alargaba.

Continuó entrando y saliendo, clavándose profundamente en su interior mientras que con una mano sujetaba su pierna y la otra la alternaba entre sus pechos y su clítoris. El cuerpo de Julia se convulsionaba de placer y aquellos pequeños temblores volvían loco de placer a Elías.

— Más rápido... — musitó con un hilillo de voz.

Él obedeció, dispuesto a complacerla.

Tenía la mirada clavada en ella, pero Julia mantenía los ojos cerrados, la espalda arqueada, la cabeza contra la pared y se agarraba con fuerza al grifo de la ducha para no ceder ante tanto placer. Elías enloqueció ante aquella imagen y aumentó las embestidas más salvajemente. Mantuvo una mano en su clítoris acariciándolo mientras con la lengua, recibía los pezones que la espalda arqueada de Julia le ofrecía a su boca.

Sintió las paredes vaginales de su novia contrayéndose alrededor de su pene y supo que se encontraba a punto de ceder.

— ¡Córrete para mí! — le pidió, embriagado y excitado.

El agua de la ducha se detuvo en aquel instante porque Julia se había apoyado contra el accionado.

— ¡Sí...! — respondió ella en un grito, mientras se sostenía en los hombros de su novio.

Elías soltó su pierna y apretó ambas manos contra sus nalgas, provocando guiando el cuerpo de Julia en el mismo ritmo y dirección que el suyo.

Una, dos, tres, cuatro... entraba y salía con más fuerza hasta que el aullido ahogado del orgasmo de Julia le hizo enloquecer y estallar alcanzando el éxtasis.



Cuando se secaron, se tumbaron abrazados sobre la cama y decidieron que aquella noche no bajarían al comedor a cenar, ya que ninguno de los dos tenía hambre y ambos se sentían agotados por el trote del día.

Tumbados, con la cabeza de Julia apoyada sobre el pecho de él y las ventanas de la habitación entreabiertas para permitirle a la brisa de la noche pasar, charlaban animadamente de las anécdotas que habían sufrido a lo largo de la tarde. Julia le contó hasta el más último detalle de la recaudación de fondos y Elías se limitó a escuchar y a asentir con la cabeza, añadiendo de vez en cuando algún comentario al respecto.

Julia necesitaba desesperadamente que él también se abriese con ella y le contase cosas sobre su vida, su trabajo, su día a día; pero raras veces sucedía aquello. Elías se limitaba a escuchar y cuando charlaba, guiaba las conversaciones hacia temas banales que carecían de importancia o interés para ella.

Antes de dormirse, intentó preguntarle acerca de la pelea que había sufrido con Carlos, pero no logró sacarle ninguna información.

Intentó recordar cuando había sido la última vez que Elías le había contado alguno de sus problemas y no fue capaz de encontrar una sola ocasión. Hastiada, decidió cerrar los ojos y olvidar el tema por aquel día, rindiéndose a Morfeo, hasta que a media madrugada los gritos de Elías la despertaron.

Estaba dormido, a su lado, completamente sudado y agitado.

— ¡Elías, despierta! — exclamó, mientras agitaba su cuerpo.

Cuando se despertó, Julia pudo atisbar el terror en su mirada y le pareció que el hombre fuerte y seguro que conocía se había extinguido. Unos segundos después, mientras Julia acariciaba su brazo con delicadeza, pareció tranquilizarse y recobrar la compostura. En aquellos meses que habían pasado juntos, Elías había sufrido un centenar de pesadillas horripilantes, pero pocas tan fuertes como aquellas.

— Estoy bien — aseguró, mientras deshacía de la camiseta sudada y la tiraba en una esquina de la cama — , solo ha sido una pesadilla..., tranquila.

Ella le escrutó con la mirada, intentando averiguar si le estaba contando la verdad o no.

Elías atrajo su cuerpo hacia él y la besó.

— Vamos a dormir, no pasa nada.

Pero ella sabía que algo no iba bien.

# 19

Aquella mañana Julia se despertó entre gritos. Aunque no podía entender qué era lo que decían, diferenciaba perfectamente tres voces; entre ellas la de Elías.

La habitación tenía las persianas elevadas y pudo comprobar, cuando se levantó de la cama, que alguien había colocado el desayuno junto a su tocador. Pensó que, seguramente, sería un detalle de Elías.

Impaciente por descubrir qué era lo que estaba sucediendo en la planta de abajo, se colocó la bata con rapidez y se adecentó el pelo en un recogido. Antes de abrir la puerta, le pareció escuchar que los gritos se perdían entre insultos y amenazas y sintió que el corazón se le aceleraba.

— No puede salir de aquí, señora. Don Elías me pidió que me asegurase de que usted se quedaba en la habitación — dijo uno de los empleados, que esperaba en la puerta de brazos cruzados.

Julia no podía creer lo que estaba sucediendo, todavía menos que Elías la mantuviera encerrada en la habitación. ¿Por qué se empeñaba en tratarla de aquella manera?

Enarcó las cejas e, imitándole, cruzó las piernas con los brazos en jarras, en señal de decisión.

— Don Elías no me dice qué es lo que tengo que hacer — respondió con aire cortante, antes de fulminarle con una mirada mordaz.

Se preguntó quién sería aquel empleado, pues no recordaba haberlo visto ni

una sola vez desde que vivía allí.

En realidad, desde que Carlos se había marchado con la avioneta, prácticamente todos los empleados con los que se había cruzado en la mansión le habían resultado caras desconocidas que no recordaba haber visto nunca allí.

— ¡Bájale de huevos, Elías! — gritaba alguien con todo amenazador — ¡No me hables de esa manera, güey!

Las voces se iban acercando, de manera que Julia podía escuchar más nítidamente qué era lo que decían.

— Por favor, señora, entre usted dentro o me causará problemas con el jefe...  
— insistió el guardián de la puerta.

Cuando Julia intentó apartarlo con el brazo para abrirse camino, él la agarró por los hombros y la empujó hacia al interior del dormitorio, cerrando la puerta tras de sí.

— ¿Pero quién narices te crees tú que eres para tratarme así? — preguntaba Julia, completamente fuera de control.

Todo lo que estaba sucediendo le parecía surrealista.

— El jefe me ha pedido que no la deje salir, señora... — se excusó, encogiéndose de hombros en señal de disculpa.

Allí adentro, con la puerta cerrada, no se lograba diferenciar qué era lo que decían.

Comenzó a caminar de un lado al otro de la habitación, completamente fuera de sí misma y alterada. Elías no sólo la mantenía al margen de sus asuntos, encima la trataba como a una niña pequeña. ¿Pero quién narices se creía que era él para encerrarla? Empezaba a comprender que, junto a él, aquella situación sería bastante habitual, y desde luego, no se encontraba por la labor de consentirla.

Se sentó en el tocador y se bebió el zumo del desayuno que Elías — o sus empleados — le habían dejado allí para impedir que bajase a desayunar.

Después decidió darse una ducha, ya que parecía imposible liberarse del encarcelamiento hasta que a “Don Elías” le pareciera oportuno.

Cuando salió, enroscada en la toalla, el hombre que le había impedido la salida había desaparecido del dormitorio y los gritos se habían extinguido. Sopesó salir de la habitación en busca de su novio, pero era tal el cabreo descomunal que la invadía que tomó la decisión de pasar la mañana allí, hasta que los nervios que sentía hacia él se calmasen.

Se tumbó en la cama y clavó la mirada en la pared, consciente de que aquello no podía volver a repetirse. No podía continuar permitiendo que la tratara de aquella manera... Como si tan sólo fuera un jarrón bonito que lucir cuando a él le interesaba. Quitando el sexo, las cenas y alguna que otra escapada que hacían juntos, el resto de las horas Elías se dedicaba completamente al trabajo; un trabajo que Julia desconocía por completo.

— Ey, despierta... — ronroneó Elías en voz baja, arrastrando un poco más de lo normal las palabras.

Julia se incorporó sobre la colcha, desnuda.

Se había quedado dormida con la toalla enroscada, pero en algún momento durante el plácido sueño debía haberla perdido.

Nada más despertarse, adivinó los deseos de Elías en su ardiente mirada. Cabreada, tiró de la colcha y se cubrió el cuerpo.

— Quiero dormir un poco más, si no te importa — anunció, mientras apartaba la mano de él que había comenzado a recorrer suavemente su muslo.

Cuando apartó la mano, vislumbró los destrozados nudillos que lucía y no pudo evitar que se le creara un nudo en el estómago. Se los había lavado y, quizás, curado, pero tenían bastante mal aspecto y evidenciaban que había golpeado algo con ferocidad. Desvió la mirada, asqueada por las mentiras y los secretos que le rodeaban...

En aquellos instantes, ni siquiera quería saber qué era lo que había sucedido, tan sólo quería perderlo de vista y estar sola. Total, ¿qué más daba? Una mentira seguiría a otra y...

— ¿Por qué no duermes luego, bella? — inquirió Elías con la voz extraña, tumbándose suavemente sobre ella.

Julia notó el peso de su cuerpo aplastándola y el aliento alcohol que desprendía inundó sus fosas nasales.

— ¡Quiero dormir ahora, Elías! — exclamó, mientras intentaba deshacerse de él.

Sintió su mano, fría, colarse por debajo de la colcha hasta acariciar sus muslos. Julia apretó las piernas para impedirle continuar y deslizó la mano hasta la suya para intentar retenerla, mientras se removía bajo él y protestaba.

— ¡Lárgate, Elías! ¡No quiero verte!

Estaba totalmente impregnado en olor a whisky y Julia no tardó demasiado en adivinar que estaba borracho, realmente borracho.

Empujó su cuerpo con todas sus fuerzas hasta que notó cómo se liberaba de él. Elías se tambaleó, perdiendo el equilibrio, antes de caerse de la cama.

— ¡Vete, por favor, vete! — gritó Julia, fuera de control, dándole la espalda y abrazarse a la almohada — . Quiero dormir y pensar bien las cosas y luego, quizás, escucharé lo que tengas que decir...

Él musitó algo que Julia no llegó a escuchar, justo antes de que reapareciera frente a su rostro.

— No digas tonterías... — susurró, intentando entonar un tono de voz sexy.

Ella sentía que su paciencia se había esfumado por completo y que no podía soportar más aquella situación.

Asqueada, se levantó de la cama y se incorporó dispuesta a abandonar la habitación, pero Elías la detuvo. Agarró su brazo y tiró de ella, haciendo que cayera en la cama junto a él.

— Deja de decir tonterías, bella... — repitió.

Apestaba a alcohol tanto que Julia se sorprendió de que fuera capaz de hablar con tanta claridad. Elías se tumbó de nuevo sobre ella y hundió los labios contra los suyos.

Julia giró su rostro, mientras notaba cómo su enfado aumentaba más y más con cada segundo que pasaba...

— ¡Lárgate, Elías! ¡Déjame en paz!

Él, que parecía completamente ajeno a sus gritos, continuó besándola unos segundos más y después pasó a lamer su cuello. Julia continuaba removiéndose bajo sus músculos y su cuerpo, pero no tenía la suficiente fuerza como para liberarse de él.

— ¡Para ya! ¡No estoy de humor, de verdad!

Notó el pene duro bajo la ropa de Elías apretarse contra su vientre y un extraño miedo recorrió su cuerpo. ¿No sería capaz de...? Continuó revolviéndose e intentando zafarse de él, pero le resultaba imposible.

Elías, en cambio, parecía completamente excitado, y cuanto más se revolvía bajo él Julia, más parecía emocionarse con la situación.

— No estoy bromeando, quítate de encima... — amenazó con el tono de voz endurecido.

Él la ignoró y comenzó a acariciar sus pechos, mientras comenzaba a moverse suavemente sobre ella, excitándose más y más con cada segundo que quedaba atrás.

Julia sintió la mano de Elías descender entre sus cuerpos para retirar la ropa y liberar su miembro, y con los ojos encharcados y las lágrimas recorriendo su rostro, comenzó a propinarle manotazos en el torso, sin resultado. Después notó cómo la mano continuaba moviéndose, recorriendo su vagina y apartando la toalla con torpeza y desesperación, para guiar a su duro y erecto pene hacia la entrada, mientras se restregaba contra su cuerpo y apretaba sus pechos. Al ver que Elías estaba completamente borracho y no se detenía, hincó los dientes en su hombro y apretó la mandíbula con desesperación.

Él reaccionó, aguantando el dolor en una mueca y apartándose repentinamente de ella. Contempló el rostro empapado en lágrimas de Julia y sintió cómo los efectos de las drogas quedaban atrás para dejar paso a la culpa.

— ¡¿Qué ibas a hacer, eh?! — gritó, enfadada, sin poder ocultar sudor — .

¿Me ibas a obligar?

Elías negó con la cabeza, levantándose lentamente de la cama.

— No, yo no...

— ¡VETE! — le interrumpió Julia, mientras sentía cómo su cuerpo entero se convulsionaba junto al llanto.



## 20

Había cosas que no se podían perdonar en la vida y, en muy poco tiempo, Elías había acumulado varias de ellas. Aquella vez, a diferencia de la anterior, Julia ni siquiera se había molestado en preparar una maleta en condiciones; con una bolsa de viaje se las había apañado.

Mientras guardaba en el apartamento interior de la bolsa el cepillo y la pasta de dientes, escuchó los pasos acercarse y el sonido seco de unos nudillos golpeando la puerta.

— Lo siento... — susurró al otro lado.

Era Elías.

Su voz sonaba rota, descompuesta y dolida.

No era la primera vez que se había acercado a pedirla perdón; a lo largo de la tarde, había acudido tres o cuatro veces hasta allí, aunque en ninguna de ellas se había atrevido a traspasar el umbral de la puerta y entrar

— Por favor, Julia, escúchame... — continuó — , lo siento mucho...

Le pareció detectar el llanto en sus suplicas, pero ni siquiera eso consiguió hacerla cambiar de idea o responder.

Guardó silencio hasta que los pasos volvieron a escucharse alejándose y después, continuó preparando sus pertenencias.

Había reservado un billete de avión de regreso a España a través del teléfono móvil y había contactado con un taxi para que acudiera en su busca. Tenía las cosas muy claras y había tomado una decisión. Sabía que por mucho que le doliera dejar a Elías atrás, no estaba siendo saludable para ella ni para su vida.

Salió de la habitación de manera sigilosa, esperando no captar la atención de nadie y poder marcharse sin armar escándalo. Para despedirse, había colocado una carta sobre la mesilla de noche y esperaba que con aquello fuera suficiente.

No había bajado dos escalones cuando vislumbró la silueta de Elías, entre las sombras, sentado en la última escalera.

Julia suspiró hondo y se dirigió hacia él.

— Hola... — murmuró al verla.

Tenía los ojos rojos e hinchados de llorar, al igual que ella.

— Me marcho.

Lo había soltado a bocajarro, sin pensar. Sabía que Elías podía llegar a ser muy cabezón si se lo proponía y no quería alargar aquel encuentro más de lo esperado.

— No, por favor... déjame explicarte que...

Ella retiró la mano que él había lazado en su dirección.

— No me toques — señaló, dolida — , y no quiero escuchar nada. El taxi me está esperando.

Elías caminó unos pasos detrás de ella, suplicando.

— No pensaba lo que hacía, Julia, de verdad... Estaba conmocionado y no era consciente de lo que estaba haciendo... Yo solo...

Julia se giró y lo escrutó con dureza, sosteniéndole la mirada.

— ¿Conmocionado? ¿De verdad?

Él asintió con lentitud y Julia aguardó algún tipo de respuesta más.

Mientras la esperaba, desvió la mirada hacia los nudillos de su mano y corroboró que se encontraban en muy, muy mal estado.

— Carlos a muerto — anunció, con la mirada clavada en el suelo.

— ¡NO! — gritó, con los ojos abiertos como platos.

Necesitó unos segundos para asimilar la noticia y procesarla, mientras Elías asentía lentamente con lágrimas en los ojos y volvía a sentarse, sin fuerzas, en el escalón.

— ¿Cómo...?

Nada más formular la pregunta, Julia supo que después llegaría la mentira. Para su sorpresa, Elías no respondió, simplemente se encogió de hombros.

— ¿Hay algo de verdad en todo lo que me has contado? — inquirió, dolida, mientras aferraba la bolsa de viaje contra su pecho — . ¿Hay algo de verdad en tu profesión? ¿En tus excusas absurdas?

Elías no respondía y Julia sabía que tenía que marcharse, pero no podía... La rabia que sentía era mayor que nunca y necesitaba escuchar algún tipo de perdón por parte de él.

— Algo — respondió, al fin.

— ¿Qué es lo que hacéis? — contraatacó.

De repente, las imágenes se sucedieron una detrás de otra en su memoria. La vez que Elías desapareció y Carlos la sacó a la fuerza del aeropuerto, cuando reapareció destrozado y magullado, la mujer gritando que eran unos asesinos, las discusiones, el avión...

— ¡Por Dios! — exclamó, llevándose una mano a la boca — . ¿Qué es lo que haces, Elías?

Él levantó la mirada, herido, destrozado.

Hacía pocas horas que le habían comunicado que había perdido a su mejor amigo, que era casi como su hermano, una buena cantidad de dinero y la mercancía que transportaba. El golpe había sido descomunal y no sabía cómo iba a sobrellevarlo, pero allí sentado, mientras contemplaba a Julia, era consciente de que no podría soportar perderla también a ella.

Desde que había aparecido en su vida, todo había cobrado sentido para él. Sí, era consciente de que se había sobrepasado de brutal manera; pero ni siquiera recordaba haberlo hecho y, evidentemente, jamás volvería a cometer el mismo

error.

— ¡Dime la verdad, Elías! — gritaba, fuera de sí, dándole la espalda a la puerta principal.

Quería contárselo.

Quería contarle todo y deshacerse de los secretos que poco a poco iban comiéndole por dentro... Pero sabía que si lo hacía, si le contaba la verdad en aquel momento, la perdería para siempre.

— No puedo... — murmuró en voz baja.

Entonces Julia se dio la vuelta, abrió la puerta y se marchó, dejándola a Elías perdido en el dolor y la angustia.

**CONTINUARÁ...**

## **SOBRE EL AUTOR**

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar.

En febrero del 2017 publicó su primera novela “Seré solo para ti”, que en pocos días se posicionó en el número 1 de los más vendidos de todas las categorías. Poco después volvió al éxito con “Solo tuya”, dando por terminada la bilogía de Lorenzo y Victoria.

En pocos meses ha publicado los volúmenes independientes de “Besos de Carmín”, “Mi último recuerdo”, “Escribiéndole un verano a Sofia” y “Nosotras”.

Todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

## **OTROS TITULOS DEL AUTOR**

### **NOSOTRAS (JUNIO 2017)**

Aurora conoció a Hugo cuando solo era una cría que no buscaba el amor. A sus veinte años de edad, no sabía lo que quería ni se le pasaba por la cabeza consolidar una relación.

Pero el tiempo fue pasando, año tras año, y el amor entre los dos continuaba estando presente... Lo que ninguno de los dos esperaba era que el pasado intercediera en su futuro.

¿Cómo sobrevive un amor de verano al paso de los años y a la inmadurez de la juventud?

¿Qué ocurre si, cuando has conseguido que todo se estabilice, tu mundo se derrumba sin control? ¿Si, repentinamente, desaparece todo aquello por lo que tantos años has luchado?

« Aunque nada parecía fácil, una cosa tenía clara: jamás tendría que superar las dificultades en solitario gracias a sus dos amigas.»

## **ESCRIBIÉNDOLE UN VERANO A SOFÍA (MAYO 2017)**

Alex y Sofía solo tienen una cosa en común: ninguno de los dos cree en el amor.

Sofía es una joven alocada que busca vivir la vida, salir adelante con pequeños trabajos que le proporcionen lo justo y necesario y, sobre todo, disfrutar. Piensa que la vida es demasiado corta como para ser desperdiciada...

Alex hace un año que se ha divorciado y siente que ha perdido todo lo que tenía. Sin saber cómo continuar, centra todos sus esfuerzos en rescatar su carrera como escritor, sin éxito...

Descubre en estas páginas lo que el destino les deparará mientras Sofía te enamora y Alex te escribe un verano que, te aseguro, jamás podrás olvidar.



## **MI ÚLTIMO RECUERDO (MAYO 2017)**

«Después de tantos años de matrimonio, la relación entre Robert y Sarah ha comenzado a enfriarse. Ninguno de los dos parece ser feliz ni estar dispuesto a sacrificarse por el otro. Una noche de tormenta la pareja sufre un terrible accidente de coche en el que Sarah pierde todos sus recuerdos excepto uno. El último recuerdo antes del choque. Tras el suceso, Robert comprenderá qué es lo que realmente importa en la vida y decidirá luchar por la mujer que ama, aquella a la que había jurado un “para siempre” catorce años atrás.

¿Estará Sarah dispuesta a perdonar todo, a volver atrás? ¿Conseguirá Robert volverla a enamorar?»

## **BESOS DE CARMÍN (ABRIL 2017)**

Paula solo buscaba un trabajo para mantenerse ocupada el verano y desconectar de los problemas familiares que la rodeaban, pero no esperaba encontrar a Daniel. Sin quererlo, terminará perdidamente enamorada de él; un hombre casado que le dobla la edad y que lleva una vida tranquila y familiar con su mujer. ¿Luchará Paula por sus sentimientos? ¿Abandonará Daniel todo lo que tiene por ella? «Un amor prohibido, excitante y pasional que no dejará indiferente a ningún lector»

## **SOLO TUYA (ABRIL 2017)**

A pesar de todo lo que el sexy empresario, Lorenzo Moretti, y la joven española, Victoria Román, han sufrido para poder consolidar su relación y estar juntos, por fin todo marcha viento en popa. Se quieren, se adoran, se respetan y aunque puedan sufrir pequeñas discusiones entre ellos, todo resulta sencillo de perdonar. Hasta que ciertas personas del pasado reaparecen en la vida de la perfecta pareja para recordarles que nada es tan sencillo como parece en un principio.

Victoria Román se verá sumida en la sombra de una ciudad desconocida y tendrá que tomar la decisión de si sufrir por conservar su matrimonio o luchar por su propia felicidad.

¿Volverá a Madrid y rehará su vida sin Lorenzo? ¿Podrá superar perder al amor de su vida? ¿Merece el amor tanto sufrimiento?

«Descubre lo que pasará en esta segunda parte de “Seré solo para ti” repleta de erotismo y romance, más excitante aún que la primera...»

## **SERÉ SOLO PARA TI (FEBRERO 2017)**

La vida de Victoria es perfecta hasta que, a pocas semanas de casarse con su novio, descubre que éste le está siendo infiel. Mientras intenta superar la traición que ha sufrido, conoce a su nuevo jefe, Lorenzo Moretti, que acababa de mudarse a Madrid para dirigir la empresa y del que no tardará en enamorarse perdidamente. Los dos comenzarán un excitante romance... Pero tarde o temprano los secretos del joven Lorenzo salen a la luz y Victoria tendrá que decidir si se mantiene a su lado. «Excitante, romántica, apasionada..., no te dejará indiferente...»